COMUNISMO *y* RELIGION



MÁXIMO I. GÓMEZ FORGUES

COMUNISMO
y RELIGIÓN

ÁXIMO I. GÓMEZ FORGUES

COMUNISMO Y RELIGIÓN



EDITORIAL LA MAZORCA

COLECCION ANTICOMUNISTA

DIRIGIDA POR

BRUNO JACOVELLA

VOLUMEN V

(Con las debidas licencias)

IMPRESO EN LA ARGENTINA

ACABADO DE IMPRIMIR EL DÍA 10 DE NOVIEMBRE DE 1943

TALLERES GRÁFICOS LA MAZORCA - PERÚ 1038

PALABRAS PREVIAS

Vivimos bajo el signo de la confusión. El comunismo, que hasta ahora había explotado las miserias engendradas por el capitalismo implacable para seducir con engañadoras promesas a las muchedumbres hambrientas de justicia, aprovecha hoy la franquicia que le otorga ése mismo capitalismo para intentar la conquista de los núcleos que se le habían resistido por motivos de orden espiritual.

Sacudidas por la trepidación de una propaganda enloquecedora, donde se entremezcla la defensa del cristianismo, de la libertad, de la fraternidad, con la exaltación de la Unión Soviética, muchas conciencias se interrogan vacilantes si será realmente incompatible el comunismo con la religión, y si no será posible la instauración de un régimen social en el cual se alíen la economía colectivista y un sentimiento de fraternidad cristiana. Todo esto, envuelto en una nube de sentimentalismo muy a punto para satisfacer las exigencias de espíritus desacostumbrados a gustar el alimento de la buena doctrina.

Revela falta de comprensión del problema reducir el comunismo a una cuestión de organización de la producción y distribución de la riqueza. Si el comunismo se limitara a combatir la injusticia social, proponiendo soluciones racionales y humanas, no habría dificultad de parte del cristianismo para entenderse con él. Ocurre, empero, que lo que pretende e impone va mucho más allá de un simple cambio económico. El triunfo marxista compromete cosas infinitamente más valiosas que los cupones del rentista o los refinamientos de las clases adineradas. Es nada menos que la concepción total del mundo y del hombre elaborada por el cristianismo en el seno de la cultura occidental lo que los discípulos de Marx y Lenin se empeñan en derribar.

La esencia del comunismo, en su concreta expresión presente, es el ateísmo. Ahí finca su irreductible oposición con cualquier clase de religión y de modo eminente con el catolicismo. Es su intrínseca perversidad, *para calificarlo con palabras de Pío XI, lo que hace al comunismo radicalmente incompatible con una visión, no ya católica, sino sencillamente espiritualista del mundo.*

El objeto de estas páginas es mostrar este aspecto de la teoría marxista, presentando el verdadero rostro con que el comunismo mira a la religión, velado hoy por intereses transitorios y silencios cómplices.

Hemos procurado trazar un cuadro de la po-

sición doctrinaria y de la acción del comunismo marxista frente al problema y al hecho religioso. Nos hemos particularizado con el experimento soviético ruso porque allí es donde se ha realizado el primer ensayo duradero e integral de implantación de la doctrina. Pero las conclusiones pueden generalizarse, porque el comunismo de todos los países bebe en las mismas fuentes y se inspira en idéntico modelo. De intento hemos omitido, salvo referencias sueltas, acudir al caso de España. Este merece volumen aparte, y ya se lo dedicó la Colección presente.

Al ofrecer a los lectores este trabajo, no nos mueve otro propósito que servir la causa de la Verdad, inseparablemente unida en nuestro ánimo a la causa del catolicismo, cuyas enseñanzas constituyen el único antídoto eficaz contra los mortales efectos de las toxinas marxistas.

Porque no hablamos el lenguaje del odío ni de la pasión partidista, esperamos llegar a las mentes serenas y a los corazones bien intencionados.

M. I. G. F.

CAPITULO I

"LA RELIGION, OPIO DEL PUEBLO"

1. — Europa, a mediados del siglo XIX.

La filosofía liberal elaborada en las centurias precedentes es plenamente aceptada por el mundo occidental. La absoluta autonomía del hombre es proclamada como dogma inatacable. El orden político y el económico, en consecuencia, se rigen por normas propias, sin ninguna subordinación a los principios de la religión. La moral se independiza y no acepta otro fundamento que la utilidad social. El bien y el mal son conceptos relativos, condicionados por las circunstancias históricas del momento que vive un pueblo.

La técnica progresa a pasos gigantescos. En menos de un siglo el cambio ha sido estupendo por la aplicación de la máquina de vapor a la

industria. Día a día el maquinismo conquista nuevos sectores de la producción. Toda la Europa occidental, o casi toda, se industrializa, surtiendo al resto del mundo de productos salidos de sus usinas y recibiendo en cambio las materias primas enviadas desde los cinco continentes.

El mundo se ha agrandado y se ha achicado al mismo tiempo. Se ha agrandado porque vastísimas regiones de América y de Oceanía se ofrecen al espíritu tenaz y aventurero del hombre blanco. Se ha achicado, porque la navegación a vapor acorta las distancias marítimas. El Imperio británico, sólidamente constituído, custodia la seguridad de los océanos.

El porvenir ofrecía perspectivas ilimitadas. Nada embarazaba a quienquiera se lanzara a emprender algo. Una deliciosa embriaguez ganaba los espíritus. El liberalismo haría el milagro de ofrecer al hombre un nuevo paraíso terrenal. Si el individuo podía ser el artífice de su propia dicha, inmediata, tangible, ¿a cuenta de qué sacrificaría él, *homo œconomicus*, los goces presentes que le brindaba un mundo transformado maravillosamente por la técnica? ¿Acaso lo haría por la dicha futura prometida por una religión que *su ciencia* atacaba, acosaba y ponía en ridículo desde la cátedra y los libros? ¡No!, ciertamente. El no iba a permitirle a la religión seguir manteniendo la pretensión de someter la actividad económica, como todo lo demás, al imperio de las normas éticas. Se le ha-

bía enseñado que era dueño de creer o de no creer, y ahora, en el conflicto de su interés, de su ambición o su capricho con la doctrina religiosa, hacía pleno uso de ese derecho y, dejándola de lado, se entregaba con las manos libres a la consecución de sus fines particulares.

Y aquí viene el lado sombrío del cuadro.

Al amparo de un régimen sin trabas ni barreras, el capitalismo liberal forjó una sociedad implacable, dura, cruel. Por un lado, fantásticas acumulaciones de riqueza en unas pocas manos. Por el otro, la multitud famélica que contribuye con su esfuerzo a la formación de esa riqueza sin recoger otra cosa que las migajas del festín, cuando se las tiran... ¡Adiós ensueños igualitarios de 1789, adiós libertad, adiós fraternidad! Producir, producir en cantidades crecientes, he ahí la meta de la sociedad capitalista, no para satisfacer necesidades de toda la colectividad, sino para acrecentar la ganancia de los detentadores de los medios de producción. Ante esta finalidad cede toda consideración de otra índole, moral, humanitaria, religiosa. La ley de la oferta y la demanda impone su rigor de bronce, sin excepciones. El trabajo del operario es también una mercadería cotizable. *Cuando dos obreros corren tras de un patrón, los salarios bajan. Cuando dos patrones corren tras de un obrero, los salarios suben.* Lo trágico del asunto para los obreros, era que casi siempre les tocaba a ellos correr tras del patrón...

Si había injusticia en ese estado de cosas, no

le incumbía al Estado remediarla. Su misión era guardar el *orden público.* Cuando la lucha de clases tomaba la forma del motín callejero, el Estado, velando por el orden, se encargaba de meter en vereda a los revoltosos, pero nada más.

¿Y la Iglesia? El liberalismo le había delimitado su jurisdicción. Quedarse en los templos, administrar los sacramentos y no pasarse de la raya, porque la religión era asunto exclusivo de la conciencia individual, y sus preceptos, válidos sólo para el que los aceptara de buena gana. De modo, pues, que si un patrono conseguía que sus obreros, por un puñado de cobres, trabajaran para su provecho dieciséis o dieciocho horas diarias, nadie tenía derecho de entrometerse en eso. En los pactos libremente concertados es ley la voluntad de los contratantes.

2. — Aparición del comunismo marxista.

La Revolución Francesa había resultado la Revolución de la burguesía. La competencia desenfrenada, el maquinismo y la concepción de la economía desvinculada de toda regulación ética agravaron la condición de las masas en los grandes países industrializados. La proletarización, equivalente a pauperización creciente, caracterizaba a la sociedad europea a mediados del siglo pasado.

En esa atmósfera densa de injusticia y de rencores, la consigna de Carlos Marx, "*¡Proletarios del mundo, uníos!*", cruzó como un relámpago,

seguido por el clamor ronco de la muchedumbre. Era como el trueno lejano, preanuncio de la tempestad por venir.

Marx era un ateo ferviente. En su concepción del mundo y de la vida —*cosmovisión*— no hay lugar para la religión, porque no hay lugar para el espíritu. La única realidad es la materia, con sus leyes ciegas, fatales, ineluctables, llegada por evolución a ser planta, animal, hombre. Es el materialismo darwiniano transpuesto al plano sociológico.

"También la sociedad humana no es más que una apariencia y una forma de la materia que evoluciona del modo dicho y que por una ineluctable necesidad tiende, en un perpetuo conflicto de las cosas, hacia la síntesis final de una sociedad sin clases" *(Divini Redemptoris).*

"En esa doctrina —agrega Pío XI en el documento citado—, como es evidente, no hay lugar para la idea de Dios; no existe diferencia entre espíritu y materia, ni entre alma y cuerpo; no hay sobrevivencia del alma después de la muerte y por ende ninguna esperanza de otra vida."

El fin y razón de ser de la sociedad es la actividad económica. Esta es la única realidad por sí misma. Los demás fenómenos o manifestaciones de la vida social, son la *superestructura social, epifenómenos,* determinados y condicionados por la forma de producción. Derecho, arte, y religión están sujetos a esta subordinación. Son espejismos, ilusiones creadas por la conciencia.

Marx se preciaba de dar a su ateísmo fundamentos científicos y filosóficos. Seguía a Feuerbach, uno de los más destacados representantes del ateísmo en la filosofía europea del siglo XIX, cuya doctrina materialista asimiló. El autor de *El Capital* "no compartió jamás la idea grosera e ingenua del siglo XVIII, a saber: que la religión fué creada por una mentira consciente de los sacrificadores. Su concepción del mundo era demasiado histórica y evolucionista: había pasado por la escuela de Hegel. La ilusión de la conciencia no es la mentira consciente: es una ilusión indispensable engendrada por el proceso del desarrollo social" [1].

Marx considera que la ilusión religiosa fué hasta necesaria a la sociedad en un momento dado de la evolución. Pero ahora la combate porque entorpece y retarda el advenimiento de la sociedad sin clases. Por un lado, la estima una quimera perjudicial, ya que adormece la fibra combativa de la masa con sus preceptos caritativos y sus promesas futuras. De ahí su famosa frase: "LA RELIGIÓN ES EL OPIO DEL PUEBLO", estampada en uno de sus primeros trabajos, *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, frase convertida en cifra y emblema de la lucha antirreligiosa soviética.

También rechaza a la religión por reputarla instrumento de explotación en manos de la cla-

---

(1) BERDIAEFF, *El Cristianismo y el problema del comunismo*, pág. 16, Ed. Espasa - Calpe, Bs. As. 1937.

se dominante, empleado para sojuzgar las conciencias. La religión, enseñando que existe un Dios, Señor del universo, refleja y justifica el concepto de poder. Por otro lado, al recomendar la obediencia de los sometidos a los que mandan, sanciona las injusticias existentes.

Marx estimaba que sobre el hecho de la explotación de una clase social por otra se han construído, desde los tiempos más remotos, el Estado, el derecho, las normas morales y las creencias religiosas. Señalemos, aunque más no sea de pasada, una de las tantas contradicciones del sistema. "Para algunos marxistas, y en especial para Kautsky —puesto en el *Index rojo* por Lenin—, el cristianismo debió de nacer del estado de espíritu de los oprimidos, de las clases inferiores de esa época. Debió de ser la ideología de los pobres. Pero de aquí dedúcese el argumento siguiente: y es que el cristianismo fué en su origen un instrumento de explotación creado por los mismos *explotados* y no por los explotadores" (1).

Hemos apuntado una incoherencia de la construcción ideológica marxista. No es la única. La más grave quizás sea ésta: Si la evolución social obedece a leyes dialécticas necesarias, ¿por qué esos ataques virulentos, inflamados de odio contra los explotadores, contra los domina-

---

(1) Berdiaeff, *op. cit.*, pág. 23.

dores? Lo que necesariamente debe suceder no es injusto ni inmoral(1).

Si bien es cierto que el creador del *socialismo científico,* como él mismo lo designara, rompió con toda creencia positiva y puso el ateísmo en la base y raíz de ese sistema, es evidente también que no logró desprenderse de un atávico sentimiento racial que otorga a su vida y a sus obras un marcado tono místico y mesiánico. Se siente el profeta de una nueva era, venido a despertar la conciencia de la humanidad, dormida durante millares de años. Trae al mundo su mensaje, su evangelio. Ha encontrado la clave del proceso histórico: la lucha por el dominio de los medios de producción. Este es el motor que hace andar a la historia, y en función de ese hecho se explican todas las mudanzas y fluctuaciones de la sociedad. Esa es su revelación.

Pero hay más todavía. Así como antaño la gente de su raza creyó que Israel era el pueblo escogido de Dios, de cuyo seno había de nacer el Redentor del linaje humano, así cree ahora Marx que el proletariado es la porción escogida de la humanidad, la única exenta del pecado de explotación, porque ella es la explotada. Y ese mismo proletariado, puro, triunfante y dominador, será como un dios terreno que instaurará

---

(1) La misma revolución rusa está en contradicción con la tesis fundamental del marxismo, pues ahí el cambio político precedió y determinó a la transformación económica.

una nueva sociedad sin desniveles ni injusticias. Nace así el mito del proletariado considerado, no ya en la realidad concreta, *aquí y ahora*, sino en una generalización universal, como abstracción. Idea absorbente, imperiosa, a la que todo deberá sacrificarse y en cuyo nombre se podrán cometer todas las crueldades y ejercitarse todas las violencias. Esta concepción mesiánica y mítica viene, pues, a presentarse dentro del marxismo como un verdadero anticristianismo, al cual no le faltan ni sus profetas, ni sus pontífices, ni sus fieles, ni siquiera sus herejes...

De este ateísmo social, nacido de la misma entraña del liberalismo materialista, puede decirse lo que dice Emonet del laicismo en general, a saber: "que sus partidarios tienden a darle un carácter sagrado y obligatorio, haciendo una especie de religión y de Iglesia al revés. Toma, así, diferentes actitudes y reviste según las circunstancias como un cuádruple carácter: es anticlerical, anticatólico, o antieclesiástico, antireligioso, para convertirse, a su vez, por una necesidad inmanente, justamente en todo lo que condena, una especie de clero, de Iglesia, de religión, pero en caricatura, es decir, una secta usurpadora, violenta, acaparadora, despótica"[1].

---

(1) En el *Dictionnaire Apologétique* de D'Alés.

CAPITULO II

LA SOCIEDAD COMUNISTA

1. — La experiencia rusa. — Fundamentos.

Recapitulando lo dicho hasta aquí, tenemos:
El marxismo es por esencia antirreligioso;
Considera toda creencia en la realidad sobrenatural como una quimera y al mismo tiempo un medio de explotación al servicio de la clase detentadora del capital;

Finalmente, estima que la religión impide el advenimiento de la sociedad igualitaria, y, por tal razón, le declara la guerra.

Ahora bien, terminando en una posición paradójica, común a todas las concepciones antirreligiosas, el marxismo formula sus postulados en un tono dogmático, intransigente, intolerante, y embute dentro del materialismo del sistema un espíritu que viene a desempeñar el papel de *ersatz,* de sucedáneo de la religión. Niega la fe en un Dios personal, Creador y remunerador, pero exige del hombre la fe en la misión eterna del proletariado y le enseña que todo lo que es, se lo debe a la colectividad. Ella lo crea y ella le retribuye según sus necesidades. Niega la inmortalidad del alma pero afirma la eternidad de la sociedad colectivista. Niega la Redención por Jesucristo, pero se proclama redentora de la

humanidad. Niega la distinción entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, pero fulmina con los más duros dicterios a la organización capitalista y burguesa. Finalmente, al negar el espíritu, niega la libertad, pero exhorta a los proletarios de todos los países a luchar por su liberación...

Carlos Marx no pudo ver la materialización de sus ideas. Tocóle al comunismo soviético ruso la misión de intentar la experimentación en gran escala de los principios colectivistas.

Si para los mahometanos "Alá es Dios y Mahoma su Profeta", para los comunistas *ortodoxos* el dios es Marx y Lenin su profeta. Siguen a Marx a través de la interpretación de Vladimiro Ilich Ulianof (a) Lenin. Por eso se proclaman *marxistas-leninistas*. Stalin es ahora el guardador del sagrado depósito de la fe comunista, y los que no están en la *línea* son los cismáticos y herejes de la doctrina, v. gr. Trotsky y sus secuaces, primero, Zinovieff, Kameneff, Bujarin, etc., después.

Se discute y hasta se niega con sólidos argumentos y convincentes pruebas la fidelidad del comunismo soviético al marxismo auténtico [1]. Pero, aunque sea verdad, y nosotros nos inclinamos a considerarlo así, que la realización rusa esté lejos del modelo dibujado por el padre del moderno comunismo, es innegable que sus fun-

---

(1) V. Fernández Pradel, Jorge, *La U. R. S. S.*, Cap. XI. Ed. "Razón y Fe", Madrid, 1933.

damentos filosóficos son los mismos del marxismo: materialismo dialéctico y materialismo histórico.

Para el comunismo, el hombre es pura biología, pura fisiología, materia en suma, y la sociedad, un superorganismo en el que se desarrolla el gigantesco proceso hegeliano de tesis, antítesis y síntesis. *La tesis* son las fuerzas materiales productoras. *La antítesis* son los valores morales, jurídicos, religiosos, creados por las condiciones de producción en un momento dado de la historia, pero que luego, al no seguir el ritmo evolutivo de la sociedad, traban el desarrollo progresista de las fuerzas productoras. *La síntesis* se produce cuando las fuerzas materiales, en su incontenible evolución, crean nuevas condiciones de producción, rompiendo la *superestructura*, o sea el rígido molde de la vieja organización y dando lugar a una ordenación totalmente nueva.

2. — La sociedad es todo.

Partiendo del postulado dogmático de que *las condiciones de la producción determinan el proceso evolutivo de la sociedad*, y que *la explotación del hombre por el hombre*, de una clase por otra, *se origina en la apropiación privada de los medios productivos*, el comunismo organiza a la sociedad sobre bases colectivistas, atribuyéndole "como única función —según indica Pío XI— la producción de los bienes por medio

del trabajo colectivo y como fin el goce de los bienes de la tierra en un paraíso en que cada uno *daría a proporción de sus fuerzas y recibiría a proporción de sus necesidades*".

"El comunismo —prosigue el Sumo Pontífice— reconoce a la colectividad el derecho, o mejor dicho, el arbitrio ilimitado de someter a los individuos al trabajo colectivo, sin miramiento alguno por su bienestar personal, aun contra su voluntad y hasta con la violencia."

Citemos un hecho, entre los mil que pueden aducirse, para probar la verdad del juicio transcripto. El canal del mar Blanco, de 226 kilómetros de extensión, hecho en dieciocho meses, costó la vida a ciento cuarenta mil trabajadores, que sucumbieron trabajando jornadas agotadoras con temperaturas glaciales. ("L'Osservatore Romano", 27-IX-33.)

"En esa colectividad —concluye Pío XI—, tanto la moral como el orden jurídico no serían más que una emanación del sistema económico del momento, por tanto de origen terrenal, mudable y caduco. En pocas palabras, se pretende introducir una nueva era y una nueva civilización, que sea fruto solamente de una ciega evolución: "UNA HUMANIDAD SIN DIOS" (Enc. *Divini Redemptoris*).

Para arribar al ideal comunista, la sociedad se arma de poderes absolutos, ante los cuales el individuo entrega su personalidad íntegra. El buen comunista acepta esto sin protestas, con gusto...

Cuenta Gide, en su *Regreso de la U. R. S. S.*, que al visitar a Ostrovsky, ciego y paralítico, no obstante lo cual dictaba los libros que no podía escribir, le declaró el extraordinario consuelo que le ofrecía el espectáculo de su constancia. "Pero la alabanza parece molestarlo —expresa el autor nombrado—: lo que hay que admirar es la U. R. S. S., es el enorme esfuerzo realizado; él no se interesa sino por eso, *ni siquiera por su propia persona.*"

El protagonista principal de la novela de Boris Levin, *Había dos camaradas*, habiendo perdido a su *compañera* de toda la vida, no se abandona a la desesperación; se sobrepone, y se entrega totalmente a luchar por la causa comunista...

3. — El culto de la técnica.

Al igual de los demás sistemas sociales y políticos que se desentienden de la realidad de Dios o la niegan, el comunismo se forja valores absolutos para colocarlos en el lugar de la religión.

El comunismo profesa el culto de la técnica. Es natural, puesto que coloca por encima de todo la producción de bienes.

Una admiración pueril por la máquina, una fe ciega —herencia del liberalismo materialista — en el poder regenerador de la industria alienta el esfuerzo comunista en pro del desarrollo técnico.

Los Planes Quinquenales son las modernas Cruzadas materialistas predicadas con fervor por los creyentes de la técnica.

Durante el primer Plan Quinquenal, se desató la *batalla de las campanas.* En numerosas ciudades y aldeas, los soviets locales, "intimados por la clase obrera", ordenaron el retiro de las campanas para entregarlas al fondo de industrialización. El diario "Izvestia" de los días 6, 7 y 8 de enero de 1930, decía: "Toda la región de Samara, quiere tractores en lugar de campanas. Los paisanos de Vasilievsky y Ermanovsky, en el distrito Ulianovsky, y los de Arnievka, en el distrito Kuznietsky, han quitado las campanas de todas las iglesias y las han entregado a las fábricas para comprar tractores. Lo mismo hicieron quinientos paisanos en el distrito de Stravopol". Hechos semejantes se repitieron en numerosas localidades como número principal de la campaña antirreligiosa de la Navidad de 1929 (1).

Nada tiene bastante precio en el sentir de los comunistas como para que no merezca ser sacrificado en aras del engrandecimiento material de la sociedad proletaria. Y tan ilimitada es la fe puesta en los beneficios de la técnica, que no sólo piensan que ésta les otorgará el dominio de las fuerzas naturales, sino también que les abrirá el secreto de todas las cosas. Ya no ha-

---

(1) V. *La Guerre Antireligieuse en Russie Soviétique,* por Mons. Michel D'Herbigny.

brá misterios ni enigmas que no puedan ser develados por la técnica depurada de la sociedad comunista. "El mero hecho de la organización y el robustecimiento del sistema comunista, afirma Bujarin, uno de sus teóricos, asestará a la religión un golpe irreparable." Y agrega: "La transición, desde la sociedad que termina con el capitalismo a la sociedad que está completamente librada de toda huella de división de clases, traerá como consecuencia, la muerte natural de toda religión y de toda superstición".

4.— ¿Qué lugar queda para la Religión dentro del comunismo?

El comunismo no cree ni en el pecado original ni en la Redención del hombre por la sangre de Jesucristo. Estas son para él ilusiones, quimeras, espejismos...

Cree en el pecado de la explotación de una clase por otra, y en la redención por el triunfo del proletariado, "el nuevo Cristo", como se atreve a llamarlo John Lewis. Su valor supremo no es Dios, sino la sociedad colectivista. Su religión, ya lo vimos, el culto de la técnica.

En la entraña de todo problema humano, el comunismo marxista ve una cuestión de alimento, de vestido, de subsistencia, un problema material en suma. Olvida que la verdad es substancialmente distinta: TODO PROBLEMA HUMANO ES, EN EL FONDO, UN PROBLEMA RELIGIOSO.

Si el comunismo desconoce esta verdad y pre-

tende ordenar el mundo sobre bases diametralmente opuestas, ¿qué lugar queda entonces para la religión dentro del sistema?

Más consecuente que el liberalismo, que se proclama neutral —ateísmo vergonzante—, el comunismo, por la lógica interna de sus principios, tiende necesariamente al aniquilamiento de cualquier forma de religión, sobre todo del cristianismo integral, del catolicismo. Son dos concepciones de la vida que llevan direcciones totalmente divergentes. El cristianismo proyecta al hombre hacia la eternidad, y a la luz de este principio le determina su conducta pública y privada. El comunismo, en cambio, no admite más que la vida presente; el hombre, por tanto, debe extraer de ella la mayor suma posible de bienestar material. Todo lo que lo aparte de la consecución de ese objetivo es falso y pernicioso. De ahí que la religión sea considerada como el *opio del pueblo*, "porque los principios religiosos "—son palabras de Pío XI—, que hablan de " la vida eterna, distraen al proletario de tender " a la consecución del paraíso soviético, que es " de esta tierra" *(Divini Redemptoris, 22).*

En consecuencia, mientras el comunismo siga siendo lo que es, "*antirreligioso por naturaleza*", seguirá considerando a la religión como el mayor obstáculo interpuesto en el camino que conduce a su meta: la sociedad colectivista sin clases. Luego, tratará de remover ese impedimento por todos los medios. Con brutal franqueza lo proclamaba "Izvestia", del 19-VI-29, al definir

el ideal de la *Unión de los Sin-Dios:* "Unir a las masas obreras de la U.R.S.S. con miras hacia una lucha activa, sistemática y continuada contra todas las religiones, *por constituir un obstáculo a la construcción socialista y a la cultura revolucionaria*".

Ratificando estos conceptos, años después, el jefe soviético Stalin, en una alocución radiotelefónica dirigida a la Armada Roja, declaró: "Nosotros consideramos a la religión como a nuestra peor enemiga. La lucha contra la religión debe ser mantenida intensamente, porque *no se puede tener compromisos con la religión, cuyos fines son fundamentalmente opuestos a los nuestros*". Y luego de aludir al cambio de métodos, terminaba con estas palabras, que muestran sin velo sus intenciones: "Nosotros sólo habremos acabado nuestra obra, CUANDO LA RELIGIÓN EXISTA APENAS COMO LEYENDA DE UN PASADO HISTÓRICO. Tal debe ser nuestro programa" (1). Esto decía Stalin en 1937. Retengamos bien la fecha para valorar después las cláusulas de la nueva Constitución soviética que declaran asegurar la libertad de cultos.

5. — La Antirreligión.

El programa de guerra total contra la religión está en perfecta consonancia con los dogmas materialistas del comunismo. Para Marx,

---

(1) *"El Pueblo"*, 22-I-937.

según ya vimos, la religión es una mentira, aunque no siempre consciente, utilizada como instrumento de explotación por la clase posesora. En un momento de la evolución económica hasta pudo haber sido necesaria, pero desde el instante en que la sociedad llega a la plenitud de sus fuerzas productoras y se estructura según los cánones colectivistas, revelados por el mismo Marx, la religión se convierte en un estorbo y un anacronismo que debe ser imperiosamente eliminado, porque embaraza el advenimiento total de la sociedad sin clases. Como auténtico israelita que era, Karl Marx esperaba el reino de Dios, pero como al mismo tiempo era ateo, el reino soñado por él es *un reino de Dios sin Dios, un reino de este mundo,* donde imperará el Proletariado revestido de caracteres míticos. Para procurar la llegada de ese reino se crea la mística proletaria, se predica una religión al revés, la religión de la irreligión. Por ser una pseudoreligión —aunque no tenga siempre consciencia de ello— el comunismo es excluyente e intolerante frente a las otras religiones, especialmente frente al catolicismo, que le opone la Verdad total.

Marx, y con él todos los comunistas modernos, preciándose de dar al sistema una fundamentación científica, terminan por basar toda su construcción ideológica en un motivo de credulidad, en una razón de fe. Tienen fe en la vocación redentora del proletariado. Creen —sin que puedan demostrarlo científicamente, por su-

puesto— en el seguro advenimiento de una sociedad justa, igualitaria, sin opresiones, sin miseria ni dolor. Para llegar a eso hay que pasar antes por la prueba de la lucha de clases y de la revolución social. Es la réplica a la creencia cristiana en la bienaventuranza celeste después de los sufrimientos de este mundo, valle de lágrimas...

El comunismo soviético asimiló integralmente la mística antirreligiosa del marxismo[1]. En el alma eslava, soñadora y visionaria, encontró un terreno inmejorable para hacer prender el fuego de los ensueños redentores.

La *revolución sin Dios y el mundo sin Dios* es la consigna oficial del Soviet. "No olvidemos —dice Fernández Pradel— que el verdadero padre del bolchevismo es Lenin, quien en 1886, cuando apenas tenía dieciséis años, se arrancó

---

[1] En rigor, es un contrasentido hablar de *mística antirreligiosa*, ya que el estado místico es el de la unión del alma con Dios. Por eso Pío XI llama al comunismo "falso misticismo que comunica a las muchedumbres atraídas con el cebo de falaces promesas un empuje y un entusiasmo contagioso, especialmente en tiempos como los nuestros, en que de una defectuosa distribución de las cosas de este mundo resulta una insólita miseria" *(Divini Redemptoris,* 2, 8), El comunismo, como ocurre con otras impropiamente llamadas místicas, v. gr. "mística nacionalista", "mística científica", provoca un estado de exaltación en los espíritus que lo aceptan como valor supremo. Queda entonces aclarado el sentido con que se ha empleado la palabra en el texto. La única y verdadera mística es la religiosa.

de su cuello la cruz, emblema de la fe tradicional de la Rusia llevado por los jóvenes, y la pisoteó, declarándose enemigo de Dios y de la sociedad, según él mismo lo narra" [1].

El muchacho cumplió lo que prometía. Su vida fué la repetición amplificada de aquel gesto de rebelión sacrílega.

En el programa del Partido Comunista, aprobado en 1920 a propuesta de Lenin, se declara: "El Partido Comunista ruso está persuadido de que la realización de un orden sistemático y consciente en toda la esfera de la actividad económica general de las masas acarreará la desaparición completa de los prejuicios religiosos. El Partido debe procurar la destrucción completa de los vínculos que unen las clases explotadoras a las organizaciones de propaganda religiosa, procurando la liberación real de las masas trabajadoras de los prejuicios religiosos por medio de una propaganda antirreligiosa, de educación científica bien organizada".

La fórmula de Marx, "la religión es el opio del pueblo", constituye para Lenin "la piedra angular de toda la filosofía marxista en la cuestión religiosa" [2].

Otra manifestación concluyente: "Nuestro programa, —declara Zinovief, presidente de la III Internacional— se basa en el materia-

---

(1) *Op. cit.*, cap. VII.

(2) *Pages choisies de Lénine.* Cit. por Mons. G. J Franceschi, "Criterio", t. 31, p. 103. .

lismo científico, que incluye pura y simplemente la necesidad de propagar el ateísmo" (1).

Kalinin, en fin, citado por Napal, en su conocido libro *"El Imperio Soviético"*, declaró en 1929: "La lucha contra la religión es un medio necesario y soberanamente eficaz para despejar el camino a los comunistas".

6. — ¿Cómo pudo implantarse el comunismo en Rusia?

Conociendo las características del pueblo ruso, especialmente su ancestral religiosidad, al observador superficial puede parecer extraño que haya podido triunfar y consolidarse un régimen cuyo programa de lucha hiere en lo más íntimo los seculares sentimientos de esa nación. "A primera vista un viajero pudo haber dicho que Rusia era el menos propicio de todos los campos para comenzar la experiencia de un Comunismo ateo y materialista. Su inmensa población dentro de la cual los cristianos únicamente sumaban más de cien millones, se mantenían adictos a su religión ancestral del tipo Griego u Ortodoxo; eran campesinos, y por lo tanto menos afectados por las calamidades del industrialismo moderno que muchas otras poblaciones de Europa, si es que en realidad pueden llamarse europeos. Parecerían constituir el material menos indicado para lo que siguió; pues lo que siguió fué la implantación de un régimen comunista con todas sus características llevadas al

---

(1) Cit. por FERNÁNDEZ PRADEL, *ibid.*

extremo; comenzando con masacres, en una escala hasta entonces desconocida, entre los hombres cristianos, sólo comparables a las orgías sangrientas de los invasores mongoles hace setecientos años"[1].

Ciertas condiciones sociales, el autocratismo zarista, la marcada diferencia de clases, los abusos de la aristocracia y la ignorancia de la masa popular, eran aptas para producir un fermento revolucionario y permitir, no obstante, la instauración de un régimen duro, implacablemente autoritario, despótico.

Aunque duela decirlo, hay que ver también por una buena parte, en el triunfo del comunismo ateo, el amargo fruto del olvido que muchos cristianos, o pretendidos cristianos, hacen de sus deberes sociales. Influídos por el error liberal, creen que la religión es un asunto privado, que basta la fe sin que sea preciso acomodar la conducta a las creencias. Es la funesta teoría de la separación de la moral pública y la moral privada, como si la moral no fuera una sola.

En el caso de Rusia, a las negligencias y faltas de los cristianos en cuanto hombres, se añadieron las deficiencias de la misma religión. El sarmiento separado de la vid, —la Iglesia cismática separada de Roma— se secó y fué arrojado al fuego.

La confusión de los poderes espirituales y temporales, identificando a la Iglesia con el poder

---

(1) HILAIRE BELLOC, *La Crisis de la Civilización*, IV.

imperial, hizo recaer sobre aquélla toda la aversión y el odio profesado a éste por el nuevo régimen.

Pero, entiéndase bien, apuntamos estas observaciones para dar una explicación de lo ocurrido en Rusia, jamás para justificarlo. Las faltas de unos no excusan los crímenes de los otros. La raíz de la antirreligiosidad del comunismo consiste —perdónesenos si insistimos—, en su esencia materialista y atea. Y aunque el pueblo ruso haya tenido muchos agravios contra la monarquía, —los tuvo en realidad—, y todo el mundo reconociese la necesidad de un cambio profundo en la estructura social, está fuera de discusión que sólo el terror bolchevique ha permitido la implantación de un sistema entre cuyas finalidades confesadas se cuenta el arrasamiento de la fe tradicional de la nación.

CAPITULO III

SITUACION LEGAL DE LA IGLESIA EN LA RUSIA SOVIETICA

1. — De la Revolución de noviembre a 1929.

Bajo el gobierno de los zares existía en Rusia religión de Estado. La Iglesia Ortodoxa era la iglesia oficial. El cristianismo fué introducido en Rusia en el siglo X. En el año 988 se convirtió el príncipe Vladimiro, de Kief. Duran-

te mucho tiempo, la iglesia rusa dependió de la de Constantinopla, separándose de ésta en 1587.

El zar Pedro el Grande suprimió el Patriarcado e instituyó el Santo Sínodo, reunión de obispos nombrados por el monarca, quien revestía al mismo tiempo el carácter de primera autoridad religiosa de la Nación. La Iglesia poseía bienes y el clero recibía subvenciones del Estado. Este régimen duró hasta la caída del zarismo.

En marzo de 1917, ante el grave cariz tomado por el curso de la guerra, abdica Nicolás II, y llega al poder una coalición de partidos fuertemente liberales y democráticos, pero antibolcheviques. Preside el príncipe Luof, mas la figura central es Kerensky, social-patriota.

La desaparición del zar dejaba acéfala a la Iglesia ortodoxa. Para solucionar la situación, se reune en agosto de 1917 el Concilio nacional, Santo *Sóbor*, el cual procede a restaurar al Patriarcado. El 27 de noviembre del mismo año —después del triunfo bolchevique— designa Patriarca a Monseñor Tijon Belavin, Metropolita de Yaroslaf y Rostof.

Aunque el Santo Sóbor se mostró prescindente en materia política —no quiso aprobar la tentativa de Kornilof contra Kerensky— el nuevo Patriarca no pudo menos que condenar las tendencias antirreligiosas de la revolución comunista. Fué inevitable el choque con los bolcheviques adueñados del poder a raíz del golpe de estado del 6 de noviembre, que dió por tierra

con el régimen colaboracionista y contemporizador de Kerensky. Mientras el nuevo gobierno alentaba las divisiones en el seno de la Iglesia ex oficial, el Patriarca Tijon se veía forzado a recluirse en un monasterio, de donde salió recién en 1923, mediante acto de sumisión al gobierno.

Conociendo los principios inspiradores del marxismo, era previsible determinar cuál sería la actitud del Soviet frente a la religión. Para Lenin, no era concebible la acción política de contenido marxista disociada de la lucha contra las creencias. "Es una tendencia incompatible con el marxismo —decía— querer separar la política y la propaganda antirreligiosa". Y en vísperas de la revolución de noviembre ya había expresado "que le parecía indispensable seleccionar párrafos de las obras de los escritores ateos y materialistas de la época de la revolución francesa; que los chistes de Voltaire sobre el catolicismo eran muy a propósito para limpiar el cerebro humano de la niebla religiosa y de las ideas infiltradas durante cientos de años y en todas las clases sociales por los bandidos religiosos de todas las naciones".

Lenin era personalmente partidario de los medios intelectuales y pedagógicos para luchar contra la religión y desarraigarla del espíritu popular. Por razones de táctica consideraba necesario "evitar cuidadosamente el herir los sentimientos de los creyentes, pues esto no haría sino fortificar el fanatismo religioso". Sin em-

bargo, el conflicto con el Patriarca Tijon desató una ola de violencias contra las personas y los bienes del clero. Muchos monasterios fueron saqueados y ahorcados no pocos monjes. En tanto ocurrían estas cosas, el gobierno iba elaborando los instrumentos jurídicos que le permitirían ejecutar sus planes dentro de un marco legalista.

En 1918 se promulga una de las leyes orgánicas religiosas, la de separación de la Iglesia del Estado, y de la escuela de la Iglesia. Se reconoce la libertad de creencias, y la de *propaganda, tanto religiosa como antirreligiosa.* No obstante, queda prohibida la enseñanza religiosa en los establecimientos de enseñanza, públicos o privados, implantándose, en cambio, una hora diaria obligatoria de enseñanza antirreligiosa en todos los grados. (Cabe notar que las escuelas religiosas habían sido suprimidas, anexándoselas al Estado.) Esta materia fué nuevamente legislada en la ley de separación de la escuela de la Iglesia, del 23 de junio de 1923.

Por la ley de enero de 1918, se declaran de propiedad colectiva todos los bienes muebles e inmuebles de propiedad de la Iglesia. El Estado se incautó así de tesoros de incalculable valor.

La Constitución aprobada por el V Congreso Panruso de los Soviets, en julio de 1918, para la República Socialista Federativa de los Soviets de Rusia (R.S.F.S.R.), declaraba: "Con objeto de asegurar a los trabajadores la plena libertad de conciencia, la Iglesia queda separada del Es-

tado y la escuela de la Iglesia, y se reconoce a todos los ciudadanos la libertad de la propaganda religiosa y antirreligiosa" (Cap V, artículo 13).

Sin embargo, la misma Constitución excluye del goce y ejercicio de los derechos electorales a los monjes y sacerdotes de cualquier culto (Cap. XIII, art. 64, D).

Ejemplo típico para valorar las libertades religiosas acordadas por la legislación soviética: El art. 15 de la Constitución de 1918 reconoce a los ciudadanos el derecho de realizar manifestaciones, mítines y *procesiones*. Reglamentos complementarios establecen que *las procesiones sólo podrán efectuarse en lugares que no pertenezcan al Estado o que no sean utilizados por el Estado.* Siendo las calles y plazas por excelencia bienes públicos del Estado, —allí como en los países capitalistas—, y estando en la misma categoría los inmuebles, uno puede preguntarse, ¿a qué queda reducido el derecho de realizar procesiones?...

2. — La ley de 1929.

En abril de 1929, la Asamblea general de delegados de toda la U.R.S.S. sometió a una revisión general las leyes fundamentales, entre otros, los decretos de enero de 1918 sobre separación de la Iglesia del Estado y separación de la Iglesia de la escuela. De ahí resultó la nueva ley sobre cultos, firmada el 8 de abril del año

citado por Kalinin, Presidente del Comité Ejecutivo Central Panruso; Smirnof, por el Presidente del Soviet de Comisarios del Pueblo, y Dossof, por el Secretario del Comité Central Ejecutivo Panruso; ley publicada en las 'Izvestia" de los días 26, 27 y 28 de abril(1).

Del texto mismo de la ley surge nítido el propósito irrevocable de terminar con las manifestaciones exteriores del culto y con la religión misma. Los hechos que siguieron a la sanción no son más que la consecuencia natural y previsible de la mente que inspiró su formulación. Con ella el gobierno soviético se ha munido del arma legal para cohonestar todas las coacciones y todos los atropellos que siguieron.

La religión no está proscrita totalmente, pero los actos exteriores del culto son cada vez más vigilados, ridiculizados y reprimidos, mientras se favorece, se alienta y se subvenciona en toda forma la actividad antirreligiosa.

El artículo 13 de la Constitución del 19 de julio de 1918, antes transcripto, que pasó a ser después el art. 4 de la ley de 11 de mayo de 1925, permitía, en idéntica medida, 'tanto la propaganda religiosa de cualquier culto, cuanto la antirreligiosa". La ley de 1929, al estructurar el nuevo estatuto jurídico de las religiones, abrogó aquella disposición como asimismo otras cua-

---

(1) Cf. Mons. D'HERBIGNY, *Il fronte antirreligioso nella Russia dei Sovieti*, pp. 1 - 2. "Vita e Pensiero", Milán, 1930.

tro ordenanzas anteriores([1]). La ley se limita en adelante a establecer un hecho: la existencia de grupos de creyentes, cuya actividad debe ser *controlada, limitada y,* en cuanto sea posible, *suprimida.* El Estado no reconoce ni libertad de conciencia, ni libertad de culto o de propaganda religiosa. Existe sí, con entera amplitud, la libertad de propaganda antirreligiosa.

En virtud del art. 18 de la ley, se reputa punible *"toda manifestación pública o privada, aún individual, capaz de inducir a otras personas a actos religiosos".*

Queda prohibida igualmente la enseñanza religiosa de cualquier clase a personas menores de dieciocho años en los edificios de instrucción o educación, ya sea que pertenezcan al Estado o a una sociedad o a una persona privada. La instrucción religiosa sólo puede ser autorizada

---

([1]) Art. 67: ("Izvestia", 28-IV-929): "Con la promulgación de la presente ley quedan abrogadas las siguientes ordenanzas: 1) Ordenanza del Comité Ejecutivo Central Panruso del 27-XII-921 sobre "objetos preciosos que se encuentran en las iglesias y en los monasterios"; 2) ordenanza del Præsidium del Comité Central Ejecutivo Panruso del 30-VII-923 relativa al paso "del antiguo al nuevo estilo a propósito de los diez días de descanso acordados a la población ortodoxa, en base al art. 112 del Cód. del Trabajo de 1922"; 3) ordenanza del mismo Comité de 14-VIII-923, "sobre las explicaciones a darse relativas a la trasposición de los diez días de descanso del nuevo estilo"; 4) ordenanza del Soviet de Comisarios del Pueblo acerca de la "realización de los bienes eclesiásticos".

en los cursos especiales de teología, organizados por los ciudadanos, con el permiso del Comisario del Pueblo para el Interior, en las repúblicas federadas, y con la autorización del Comité Ejecutivo Central respectivo en las repúblicas autónomas. *De hecho,* tal autorización ha sido sistemáticamente negada a los católicos y a las diversas jerarquías tijonianas.

Ni los ministros del culto, ni los creyentes particulares, ni siquiera los propios padres pueden enseñar religión a los niños, según prescribe la ley. Semejante hecho se considera *delito* y es castigado con trabajos forzados. (Cód. Penal, Cap. V, art. 122). Si los *criminales* son los progenitores, se agrega como accesoria la cesación de la tenencia de los hijos.

La simple insinuación por parte de los padres para que los hijos frecuenten la iglesia, como igualmente la exhortación del párroco a sus feligreses en análogo sentido, es causa suficiente para hacerse sospechoso y pasible de prisión.

Según las disposiciones legales vigentes con anterioridad a 1929, los sacerdotes, monjes y clérigos en general estaban privados de derechos políticos activos y pasivos: no podían elegir ni ser elegidos. La ley de cultos extiende la incapacidad a todos los individuos que desempeñen funciones conexas a cualquier culto, p. ej., sacristanes, campaneros, organistas, cantores, etc.

Se mantienen, aumentando su rigidez si cabe, las normas relativas al régimen de locales destinados a prácticas religiosas. La solicitud

de habilitación debe ir firmada por veinte personas, cuando menos, y ser renovada anualmente. Los firmantes se constituyen garantes de la buena conservación del inmueble y de los objetos del culto. Si bien están sujetos a tasas exorbitantes, no pueden, en cambio, imponer a los fieles contribuciones pecuniarias de ninguna especie. La habilitación puede ser cancelada por un hecho trivial, como rotura de algún vidrio, robo de algún objeto, y también a solicitud de cualquier entidad no religiosa. Siendo el edificio y los muebles propiedad del Estado, cualquier daño o menoscabo que sufran se considera hecho al patrimonio nacional, y aunque los causantes sean extraños a la junta de garantes —como ocurre por lo general—, son éstos los responsables, pudiendo ser castigados con prisión o trabajos forzados.

Si por muerte, ausencia o encarcelamiento de alguno o algunos de los miembros, baja de veinte el número de garantes, debe completarse de inmediato el comité parroquial. Basta la demora de un solo día en integrar la comisión para que se decrete la clausura del local.

Otro motivo legal de clausura es el siguiente: Se decidió que todas las capillas e iglesias que venden u ofrecen objetos de cualquier clase, como velas, rosarios, paños fúnebres, flores para bodas o funerales, quedasen asimiladas a empresas comerciales. Por tanto, los rectores de tales templos o los miembros del consejo parroquial deben satisfacer por adelantado en la *Findivi-*

sion (Administración Financiera) una suma, variable según los casos, de varios cientos o miles de rublos, en concepto de caución. Cuando los feligreses no pueden hacer frente a ese requisito, se procede a cerrar la iglesia.

Una muestra más de la táctica antirreligiosa es la confesada por el propio órgano de los ateos militantes, "Bezboznik" ("El sin-Dios"), del 27-X-29. Consiste en gravar los templos con impuestos crecidísimos, el 50 % del valor del inmueble, y en caso de no ser abonado en el plazo de dos meses, cerrar la iglesia.

3. — La Constitución de 1936.

Réstanos ahora examinar las cláusulas de la nueva constitución soviética que hacen referencia a la religión.

La ley fundamental de la U.R.S.S., vigente en la actualidad, fué aprobada por el VIII Congreso de los Soviets de la Unión, en cumplimiento de lo dispuesto por el congreso anterior. No corresponde hacer aquí el análisis de su texto. Diremos, simplemente, que mantiene y refirma el contenido y finalidades marxistas del sistema imperante. Según palabras del mismo Stalin, la nueva carta registra legislativamente el cumplimiento de la etapa inicial del programa marxista, la implantación de un régimen socialista, fase primera e inferior del comunismo.

En cuanto a la democratización del sistema electoral —una de las finalidades de la refor-

ma, expresada por el VIII Congreso—, es también Stalin quien se encarga de fijar su sentido y alcance. "En la U.R.S.S. —expresa al leer su informe ante el VIII Congreso— no existe terreno para varios partidos y, por consiguiente, para libertad de esos partidos. EN LA U.R.S.S. SOLO EXISTE TERRENO PARA UN SOLO PARTIDO: el Partido Comunista". Después de esta inequívoca declaración, y de distinguir entre democracia comunista y democracia capitalista, termina afirmando que, a su juicio, la nueva constitución no sólo no viola los principios democráticos, sino que *"es la única Constitución del mundo consecuentemente democrática hasta el fin"*.

Volvamos a nuestro asunto. En el capítulo sobre "Derechos y Deberes fundamentales de los ciudadanos", el art. 124 dispone: "A fin de asegurar a los ciudadanos la libertad de conciencia, la Iglesia, en la U.R.S.S., está separada del Estado, y la escuela de la Iglesia. La libertad de *practicar los cultos religiosos* y la *libertad de propaganda antirreligiosa* se reconocen a todos los ciudadanos". ¿Significa esto un adelanto, un estado de cosas más favorables a las prácticas y difusión de la religión? Ategámonos a los hechos.

La Constitución de 1918 y la ley de 1924 establecían la libertad de la *"propaganda religiosa y antirreligiosa"*. El texto actual, en cambio, sólo autoriza la *propaganda antirreligiosa,* y la libertad de *practicar* los cultos religiosos no au-

toriza la libertad de propaganda religiosa. Quiere decir, pues, que la actividad proselitista de los creyentes queda sujeta al régimen prohibitivo de la ley de 1929 y del Código Penal, que ya examinamos. Esta conclusión está robustecido por una publicación reciente de un diario suizo, bastante difundida entre nosotros por quienes se empeñan en calmar los recelos de los católicos. Sin embargo, de ese mismo artículo surge la corroboración de lo que afirmamos nosotros. Se trata del comentario del diario "La Liberté", de Friburgo (enero 1943), a la aparición de un volumen editado en Moscú bajo el título de *La verdad sobre la religión en la Rusia Soviética,* con una introducción del Metropolitano Sergio. Luego de enunciar los principales capítulos de la obra, el citado diario expresa: "Es importante subrayar, a este respecto, que el volumen en cuestión *no significa en absoluto el establecimiento de la propaganda religiosa en la Unión Soviética.* Pura y simplemente se lo puede considerar un reconocimiento oficial, de parte del Gobierno Soviético, —pues se trata de una publicación del Estado— de las autoridades eclesiásticas rusas por su neta colaboración en el actual esfuerzo bélico".

Quedamos, entonces, en que a los seis años largos de regir la nueva constitución se mantiene la prohibición de hacer propaganda religiosa. La realidad no ha correspondido a las esperanzas que muchos espíritus inclinados a juzgar benévolamente al régimen soviético, aun

sin contarse entre sus adeptos, depositaron en el porvenir religioso de Rusia al conocer el texto de la ley vigente. 'En diciembre de 1936, cuando fué promulgada la nueva Constitución —dice una publicación de prestigio—, mucha gente en la U.R.S.S. y en el extranjero creyó que Stalin concedía libertad religiosa. Muchos sacerdotes se dieron a ejercitar abiertamente sus ministerios; fueron detenidos en masa en 1937, año que señala el fin de la vida religiosa católica y de la tolerancia de la religión ortodoxa en la U.R.S.S." [1] En realidad, esto no constituye nada de imprevisto, si recordamos aquellas palabras ya transcriptas de Stalin, al poco tiempo de haber entrado en vigor la nueva constitución, dirigiéndose por radio a las fuerzas navales: "Nosotros consideramos a la religión como a nuestra peor enemiga. *La lucha contra la religión debe ser mantenida intensamente, porque no se pueden tener compromisos con la religión, cuyos fines son fundamentalmente opuestos a los nuestros*" (enero 1937).

Cuando las autoridades soviéticas impiden la acción religiosa obran dentro de la legalidad creada por ellas. (Legal —recuérdese— no es sinónimo de justo.) La ley menciona únicamente la libertad de *practicar* los cultos, pero, ¿cómo garantiza el ejercicio de ese derecho? Stalin declara que la Constitución soviética, a diferencia de sus similares burguesas, no se contenta con

(1) *Cartas de Roma*, 15-XII-938.

reconocer a los ciudadanos tales o cuales derechos, sino que se los garantiza de manera efectiva. Así sucede con la igualdad, con el derecho al trabajo y con las libertades democráticas, aseguradas en forma positiva con la abolición del capitalismo. Ahora bien, ¿dónde está la garantía de la libertad de practicar el culto? En ninguna parte, porque la Constitución no la incluye y el gobierno proclama por boca de sus funcionarios más conspicuos su voluntad de terminar con la religión. "*La campaña antirreligiosa* —ha declarado Stalin— *es un derecho intangible de los obreros y campesinos, derecho garantizado por lo Constitución*".

De todo ello resulta:

No existe legalmente libertad de propaganda religiosa;

La práctica de los cultos queda confinada a los estrechos límites señalados por las leyes especiales sobre la materia;

El gobierno puede, usando medios estrictamente legales, *combatir y ahogar toda manifestación de vida religiosa* (1).

---

(1) La verdad de estas conclusiones está confirmada por la propia prensa de los *ateos militantes.* El *Antireligioznik,* julio 1939, presentando un cuadro de la situación religiosa, dividía a los creyentes en dos categorías. La primera categoría está constituída por aquellos que a trueque de poder vivir transigen con el régimen y toleran imposiciones que en el fondo repugnan a su conciencia cristiana. Son los que integran los 20.000 centros, o comunidades, registrados oficialmente, donde

CAPITULO IV

LA LUCHA ANTIRRELIGIOSA

Hemos mostrado en los capítulos anteriores que hay en la entraña de la doctrina comunista una cosa dura, pétrea, insoluble en cualquier concepción, no ya sobrenaturalista, sino aunque más no sea espiritualista de la vida. Esa cosa es el materialismo ateo, indestructiblemente embutido en el comunismo, como la médula en el tronco del árbol.

Es algo tan palpable y evidente, que no puede haber dos opiniones al respecto. En 1909,

---

se practica la *libertad* de cultos dentro del cercado legal. La segunda categoría, la más numerosa, fórmanla los fieles que practican a escondidas del gobierno. Son éstos los que atienden a las necesidades de los *conventos ocultos*. (El "Bezboznik", otro periódico sin-diosista, había dado meses antes detalles sobre uno de esos conventos, descubierto y allanado cerca de Moscú. Era una comunidad de mujeres, algunas estudiantes y hasta empleadas del gobierno. Oían misa cada mañana antes de salir a sus trabajos y por la tarde asistían a otros oficios religiosos. Detalle interesante, consignado por el mismo periódico, es el que esas religiosas se dedicaban, entre otras cosas, al estudio de los clásicos rusos.)

Los fieles de la segunda categoría son los *enemigos del pueblo*, expresión frecuente del lenguaje soviético y que no traduce ahora una posición política, sino que se emplea preferentemente para calificar a los creyentes de fe íntegra.

Illich Uliánof, Lenin, desterrado en París, escribía en su diario *Proletariy*, el 29 de mayo, un artículo "Sobre las relaciones entre el Partido Obrero y la Religión", donde decía: "La religión es el opio del pueblo. Esta enseñanza de Marx es la piedra angular de toda la mentalidad marxista en la cuestión religiosa"; y agregaba: "Nosotros estamos obligados a luchar con la religión. Esto es el abc del materialismo y, consiguientemente, del marxismo. Pero el marxismo no es un materialismo que se detiene en el abc. El marxismo pasa adelante... Esta lucha hay que unirla en la práctica concreta del movimiento de masas, dirigido a arrancar las raíces sociales de la religión" (1).

Uniendo la acción al pensamiento, el bolchevismo se dedicó desde los primeros momentos al logro de su objetivo: "arrancar las raíces sociales de la religión", de acuerdo a la genuina doctrina marxista-leninista.

La lucha contra la religión es en la Rusia Soviética, conforme a los principios de la filosofía oficial, uno de los fines asignados al Estado. Paralelamente a sus afanes de industrialización, de motorización, de tecnificación, el Estado so-

---

(1) Párrafos transcriptos por el "Bezboznik" ("Sin-Dios"), del 21 de mayo de 1939, al conmemorar el 30º aniversario del artículo de Lenin. (Las citas de periódicos soviéticos insertas en este libro fueron tomadas de las obras de Mons. D'Herbigny, de "Cartas de Roma" y de la información del Secretariado de Ateísmo de Roma publicada por la revista "Criterio".)

viético lleva a cabo de manera metódica, tenaz, *científica*, como allí gustan en decir —y no sólo allá, por desgracia— la ateización del pueblo, recurriendo según las circunstancias a la violencia, a los medios pedagógicos, o a ambos conjuntamente. Si razones tácticas lo exigen, también amainará temporariamente la persecución, para reanudarla con redoblado ardor no bien desaparezcan los motivos que la hicieron aflojar. Todo el poder del Estado se encuentra al servicio de ese programa. ¡Y qué poder! Hay que pensar que, dado el sistema supertotalitario imperante, todas las actividades sociales están, no sólo contraloreadas por el Estado, sino centralizadas en sus manos. Prensa, radio, cine, cualquier forma de comunicación de las ideas, subsisten por el Estado, en el Estado y para el Estado. De hecho y de derecho queda descartada *in limine* la más remota posibilidad de divulgar nada que no sea absolutamente conforme al pensamiento oficial. Conociendo, como conocemos por lo que llevamos visto, cuál es el pensar de los dirigentes soviéticos acerca de la religión, se comprenderá fácilmente qué tremendo alcance tiene la cláusula de la Constitución que asegura la *libertad de propaganda antirreligiosa*, y qué magra y encogida se aparece en cambio la modesta libertad de *practicar* los cultos.

No es la primera vez, por cierto, que la historia registra el caso de una revolución acompañada de explosiones de furia antirreligiosa. Para no alargar la lista, recordemos tan sólo el

ejemplo de la Revolución Francesa, con sus matanzas de clérigos, sus confiscaciones, y sus mascaradas sacrílegas, y el de la "Commune" de París, más cercano y en el que influyó ya el fermento marxista (1).

Pero todo lo que en este sentido pueden exhibirnos las conmociones sociales habidas hasta ahora es pálido y raquítico comparado con el espectáculo de la revolución bolchevique. "Por primera vez en la historia —dice el Papa Pío XI en su encíclica sobre el comunismo ateo— asistimos a una lucha fríamente calculada y prolijamente preparada del hombre contra *todo lo que es divino*". En efecto, no se trata de los desbordes bestiales de un populacho desenfrenado. No. La lucha antirreligiosa del Soviet es la ejecución de un plan madurado con toda reflexión y ejecutado con una tenacidad que no conoce desmayos. En materia de política económica, habrán dado alguna vez marcha atrás los gobernantes de Moscú, y en política internacional habrán ejecutado los más sorprendentes cambios

---

(1) En la época de la guerra franco-prusiana, la Internacional Obrera, a la sazón presidida por Karl Marx, contaba en París solamente con más de 60.000 adherentes. A raíz de las convulsiones políticas acarreadas por el desastre de Sedán, los comunistas, que dominaban en los batallones de voluntarios parisienses, impusieron en la capital francesa un régimen cuyos resultados son bien conocidos: saqueos, fusilamientos, etc. Numerosos sacerdotes y el arzobispo, Mr. Darboy, se contaron entre las víctimas.

de frente, pero en lo que nunca han variado su posición es en la actitud adoptada desde el momento inicial de la revolución roja respecto de la religión. Sobre este punto, fiel Lenin a las enseñanzas de su maestro Marx, y fieles los continuadores de aquél a la consigna del fundador del bolchevismo, han mantenido invariable la línea de su política ateizante. Los medios habrán cambiado, adaptados a las exigencias de cada hora; el fin ha permanecido idéntico. En las páginas siguientes probaremos documentadamente las afirmaciones precedentes. Tenga el lector la paciencia de continuar acompañándonos, y verá que los juicios emitidos hasta aquí no sólo se ajustan cabalmente a la verdad de los hechos, sino que, si por algo pecan, es por su levedad y mesura.

En los primeros capítulos mostramos la trama doctrinaria del comunismo, su filiación marxista, por tanto materialista y atea; después hemos tenido ocasión de examinar el rígido aparato jurídico confeccionado por el Estado soviético para comprimir la actividad legal de los creyentes. Esto último ya puede considerarse un aspecto de la acción antirreligiosa. Ahora, en las páginas que vendrán, pondremos delante de los ojos el cuadro de la lucha directa, —las campañas contra las personas y cosas religiosas, la captación de la juventud, la ofensiva general contra toda forma de religiosidad—, lucha, si se quiere, en algún sentido *extralegal*, mas no *ilegal*, puesto que tiene a su favor la garantía cons-

titucional que ampara la libertad de propaganda antirreligiosa, y que en todo caso cuenta con el auspicio y el beneplácito firme, declarado, activo, de las autoridades gubernamentales.

Deliberadamente nos abstendremos de caer en pormenores truculentos o detalles espeluznantes de los hechos referidos. Tampoco abusaremos de los adjetivos. Preferimos que el lector, con cuya inteligencia y buena fe contamos, formule la calificación que su honrado juicio le sugiera. Mas si bien medidos en la expresión, no omitiremos nada que pueda ilustrar acerca de la extensión y la profundidad alcanzada por la lucha antirreligiosa emprendida por el comunismo bolchevique. Hay al respecto multitud de casos en los cuales el sectarismo toca tales extremos que, si no se tratara de ataques al más sagrado derecho humano, uno estaría tentado de tomar el asunto a broma. Vayan por adelantado estos dos ejemplos como botones de muestra. Una personalidad soviética, Ikramof, refería en la "Pravda Vostoka", del 3 de agosto de 1932 —según el testimonio de la *Revue des Deux Mondes*—, que una obra de Chéjov fué puesta en el *Index Rojo* de libros prohibidos *porque en sus páginas aparecen las palabras Dios, alma, y otras por el estilo*... Víctor Serge, ferviente comunista, en la carta que remitiera a André Gide, exponiéndole la verdadera situación de los escritores marxistas perseguidos por Stalin, consigna el caso de Vladimiro Piast, el viejo poeta simbolista, condenado a pena de confinamiento. ¿Cuál fué

el motivo de la condena? "Su crimen —dice Serge— era muy grande: *había caído en el misticismo...*" [1].

La medida del programa ideal de la lucha contra las creencias lo sintetizaba el "Bezboznik" del 1º de abril de 1939 en esta frase: "Es preciso llegar a que toda la población se levante contra la religión". Diremos después si los *sindiosistas* se dan por satisfechos con los resultados alcanzados. Por el momento, dejamos asen-

---

(1) Esta carta de Serge —el autor de *Si es medianoche en el siglo...*"—, por provenir de un militante de la primera hora, es valiosa para conocer la condición de los intelectuales bajo la dictadura staliniana. No resistimos la tentación de transcribir el siguiente párrafo: "¿Condición del pensamiento? Una doctrina seca, vacía de todo su contenido, duramente impuesta en todos los dominios y reducida en todo lo que se imprime, sin excepción alguna, a la repetición, palabra por palabra, o al más chato de los comentarios, o a la frase de uno solo. La historia rehecha a fondo cada año, las enciclopedias refundidas, las bibliotecas depuradas para tachar por doquier se lo encuentre, el nombre de Trotsky, suprimir o ensuciar el de otros compañeros de Lenin; la ciencia al servicio de la agitación del momento; hacer denunciar ayer a la liga de las Naciones como un bajo instrumento del imperialismo anglo-francés, y hacerla aparecer hoy (esto fué escrito en 1935) como un instrumento de paz y progreso humano".

Se interroga sobre la condición del escritor, del hombre que ha hecho profesión de hablar por los que no pueden hacerlo, y dice: "Nosotros hemos visto a un Gorki retocar sus recuerdos sobre Lenin para hacerle decir, en su última edición, lo contrario, exactamente lo contrario, de lo que él decía en cierta página de la

tado el propósito, y a continuación entraremos a ver las etapas y los medios de la realización antirreligiosa.

1. — Táctica divisionista.

Al conquistar el poder los bolcheviques, la Iglesia Ortodoxa, como ya dijimos, se había re-

---

primera... Una literatura dirigida hasta en sus menores manifestaciones; un mandarinato literario admirablemente organizado, espléndidamente retribuído!"... Y prosigue refiriendo el estado a que se ven reducidos los que no están *en la línea*, los partidarios de Zinovief, los trotskistas, los más odiados, para quienes el *Izveztia* decía un día: *¡Matadlos como a perros sarnosos!...* Luchadores de la guardia vieja del partido, hombres como Basanof, "pioneer" del socialismo ruso, Riazanof, fundador del Instituto Marx-Engels, Sujanof, autor de una gran historia de la revolución de marzo de 1917, y muchos más cuyos nombres cita Serge, han pagado con la cárcel, la deportación o la muerte sus pretensiones de libertad intelectual. (v. "Criterio", t. 30, p. 32.)

Tal el testimonio de un comunista auténtico. Sin formular juicio, nos limitamos a poner estos hechos frente a las encendidas campañas libradas por los comunistas, fuera de Rusia, por los derechos del pensamiento.

Por último, un joven poeta escribió en 1928 los siguientes versos:

Las nubes, que el cielo encapotaban, comienzan a disiparse... Despuntó fulgente la alborada; un alba ansiosa de trabajo... Anímase la vida proletaria.

La composición no pudo publicarse. ¿Se escondía en ella alguna intención contrarrevolucionaria? El censor da la razón en su informe: "Estos versos —expresa— fueron escritos en 1928, es decir, cuando iba a iniciarse

constituído, designando Patriarca al Metropolita de Yaroslaf y Rostof, Monseñor Tijon Belavin. Pronto se planteó una situación hostil entre las autoridades eclesiásticas y el gobierno, a raíz de lo cual el Patriarca fué a parar a un monasterio en calidad de recluído forzoso, no saliendo en libertad hasta 1923. Simultáneamente con el conflicto aludido, se desataba una ola de persecución contra las propiedades de la Iglesia, pereciendo también buen número de religiosos en los asaltos a los conventos.

En el seno de la Iglesia apuntaron ciertas disidencias a propósito de la actitud a adoptarse frente al gobierno. Mientras unos abogaban por la intransigencia, condenando los métodos del nuevo orden imperante, otros se inclinaban a contemporizar con el régimen. El Soviet aprovechó y fomentó estas divergencias para debilitar y destruir a la Iglesia. La táctica divisionista dió sus frutos, y la Iglesia Ortodoxa comenzó a desgajarse como un árbol seco. Así nacieron una multitud de iglesias y sectas irre-

---

el plan quinquenal. Ahora bien: el poeta afirma que la "alborada había despuntado"; por consiguiente, se refiere a una época anterior a 1928, cuando no existía el alba y reinaba la obscuridad, la noche. Esto demuestra que el autor está lejos del concepto exacto del trabajo, que no conoce la vida y que políticamente es un ignorante." Etc., etc... (1)

---

(1) De la *Pravda Vostoka*, agosto 1932, reproducido por la *Revue des Deux Mondes*, 15-1-934.

conciliablemente opuestas. Como es natural, el Soviet considera con gran satisfacción semejante estado de cosas, pues lo que pretende es —como confesaba *Moscú Obrero*, septbre. 1932—, "no la renovación, sino la destrucción de la Iglesia".

El gobierno, fiel a sus propósitos aniquiladores, sostuvo al sacerdote Vedenky contra el Patriarca Tijon, y apoyó luego a Sergio, que se proclamó Patriarca(1). Junto a la Iglesia Patriarcal, o mejor dicho contra ella, se constituyen: en 1918, la Iglesia de Georgia; en 1921, la Iglesia *Pura de Ucrania;* la Iglesia Viviente, de tendencias radicales en materia social, nace en 1922; y al año siguiente queda establecida la de la Renovación. Agréguese la Iglesia del Renacimiento, cuyo jefe, el obispo Antonio, reside en Belgrado, y la de la Emancipación, creada en 1920 para los emigrados, y se completará el mosaico que constituye la Iglesia cismática rusa(2).

Esta situación anárquica, llena de desconcier-

---

(1) Cf. FERNÁNDEZ PRADEL, *op. cit.*, cap. VII.

(2) V. HORACIO DE CASTRO, *Principios de Derecho Soviético*, Sec. VI. Ed. Reus. Madrid, 1934.

La presente guerra mundial ha introducido nuevas modificaciones en el cuadro de la Iglesia Ortodoxa. Todas las Iglesias ortodoxas de Europa, antes dependientes de Constantinopla o Moscú, se han adherido al Sínodo de Belgrado. Este resultado es fruto de las gestiones del Arzobispo Serafín, sometido a las influencias de Berlín.

to a los creyentes y es aprovechada por los comunistas para ridiculizar a la religión. Los fieles pasan de una secta a otra, se bautizan, se rebautizan, y otro tanto ocurre con los clérigos, que reciben hoy las órdenes de un obispo y mañana las vuelven a recibir de otro de distinta confesión.

Roto el principio jerárquico y estimulada la disgregación, el cuerpo de los creyentes se subdivide en innúmera cantidad de iglesias, jerarquías y sectas, yendo a dar frecuentemente el ministerio sacerdotal a manos de sujetos ignorantes o inescrupulosos. Así, por ejemplo, el caso de un tal Lipkivsky, jefe de una llamada iglesia panucraniana, el cual, no encontrando obispo que lo consagrara, recibió, según confiesa, la plenitud de los dones del Espíritu Santo *por imposición de las manos del pueblo* (1). Otras veces, la fundación de alguna de esas iglesias obedece a propósitos oportunistas. El "Bezboznik" del 1º de abril de 1939 dedicaba una página a las declaraciones del ex Metropolita de Leningrado, Nicolás Platónof, quien relata las etapas de su apostasía, expresando haber sido siempre discípulo de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Se aleja de la Iglesia porque *"la gloriosa GPU soviética ha descubierto en la organización de la Iglesia espías y contrarrevolucionarios"*, no obstante

---

(1) Cit. por MONS. D'HERBIGNY, en *La Guerre Antireligieuse en Russie Soviétique*, p. 62. Ed. Spes. París, 1930.

contarse entre los fundadores de la *Iglesia Renovada*, la cual surgió como él mismo escribe, "cuando algunos eclesiásticos tuvieron a bien uncirse a la cuadriga de la revolución y declararon que el gobierno bolchevique es el único que con sus métodos estatales sabrá realizar en el mundo el ideal de reino divino"...

El Soviet, de acuerdo a la consigna "*Mártires no, apóstatas*", fomenta las apostasías, las defecciones, que luego explota ruidosamente para desorientar a los fieles. Ya volveremos sobre este punto. Señalamos aquí el hecho como uno de los medios utilizados para llegar a la destrucción de la Iglesia tomada como cuerpo, como institución. No hace falta demostrar el descorazonamiento, la desazón, de los grupos de fieles ante la caída moral, la traición de sus propios jefes. "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas". En Rusia se palpa toda la verdad de ese pasaje evangélico. La falta de una autoridad central unánimemente acatada, de una cabeza, empeora la condición de la Iglesia Ortodoxa. Inversamente, el poseer esa autoridad robustece al pequeño grupo católico. De ahí su mayor cohesión, que le permite resistir victorioso la dura prueba.

2. — Los ateos militantes.

Origen y organización.

El vasto plan antirreligioso desarrollado por el comunismo en la Unión de los Soviets tiene

su más firme puntal en la organización de los ateos militantes, o "Liga de los Sin-Dios", la cual ha venido a constituirse en columna vertebral del movimiento extirpador de las creencias. Su existencia orgánica data de 1925. Nació respondiendo a una recomendación del XII Congreso del Partido, que señaló la conveniencia de *sistematizar la acción antirreligiosa.* Los órganos de trabajo son las *células ateas.* La autoridad superior es el Directorio o Consejo Central. El jefe de la organización es Emiliano Yaroslavsky, por verdadero nombre, Gubelman, hebreo. Según una estadística oficial, el número de adherentes, que ascendía en el año 1929 a 1.649.722, llegó en 1935 a cinco millones, bajando en 1940 a tres millones.

Para el cumplimiento de sus finalidades, el organismo ateo engrana con las entidades en las cuales está encuadrada la juventud y niñez rusas, a saber: *octubristas*, niños de siete a doce años; *pioneers*, de doce a quince, y *komsomoles*, de quince a veinticinco. La última categoría, especialmente, es eficaz colaboradora de la liga *sin-diosista* y tiene a su cargo las mascaradas sacrílegas, teatralizaciones y propaganda callejera.

Carácter y finalidades.

La Unión de los Ateos militantes se presenta como Liga oficiosa, pero en realidad está estrechamente conectada al Partido Comunista

y al Gobierno. "Muchos órganos soviéticos no comprenden —decía en son de queja la "Pravda" del 20-8-39— que la propaganda antirreligiosa tiene en nuestro país *un carácter de Estado*". Yaroslavsky, jefe de los *sin-Dios*, proclamaba, por su parte, la apretada vinculación existente entre su liga, el Gobierno y el Partido (1). A pesar de reconocer el hecho, exigía en esa ocasión una compenetración mayor.

La dependencia e identidad de miras de la Unión de ateos respecto al Soviet se exteriorizó indubitablemente cuando el *Plenum* del Consejo Central, reunido a primeros de febrero de 1938, proclamó con toda solemnidad a Stalin "Gran Protector de las actividades antirreligiosas". El dictador, en su discurso de aceptación del título, haciendo referencia a la centralización de la propaganda ateísta, expresaba que "la administración del Estado es la única que debe propagar las verdades ideológicas de los sin-Dios, ya que no puede dejarse a los particulares *iniciativas que sólo corresponden al Jefe Supremo del Estado*" (2).

La propaganda antirreligiosa es una parte de la propaganda comunista. El cometido de la Liga de ateos es sistematizar, planear y proponer el plan de lucha antirreligiosa, cumpliéndolo luego con la aquiescencia del gobierno y conforme

---

(1) *Bezboznik*, 21-7-39.

(2) *Boletín de Informaciones KAP*, de Moscú, 8-2-1938.

a las directivas del Partido. El diario "Izvestia", junio 1929, caracterizaba así el fin específico de la Unión de los Sin-Dios: "Unir a las masas obreras de la U.R.S.S. con miras hacia una lucha activa, sistemática y continuada contra todas las religiones, por constituir un obstáculo a la construcción socialista y a la cultura revolucionaria". Antes, en 1925, el entonces ministro de instrucción pública del Soviet, camarada Lunacharsky, había declarado, el día de la Asamblea inaugural de la Unión atea, que el frente antirreligioso se formaba para "luchar contra el fantasma repugnante de Dios, que ha causado un mal tan diabólico a la Humanidad entera en el curso de la historia". "Odiamos al cristianismo y los cristianos —añadía—; aún los mejores de entre ellos deben ser mirados como nuestros peores enemigos... La caridad cristiana es un obstáculo para el desarrollo de la revolución. *¡Abajo el amor al prójimo! Lo que nos hace falta es el odio.* Debemos aprender a odiar; sólo así llegaremos a conquistar el mundo" (1). Huelgan comentarios.

Lo dicho basta para subrayar el fin de la Liga de Ateos Militantes. Añadiremos que entra en sus propósitos difundir el ateísmo en el mundo entero. En un manifiesto publicado en el año 1929, pedían los *sin-Dios* que a la proclama de Marx, "trabajadores de todos los paí-

---

(1) Cit. por FERNÁNDEZ PRADEL, *op. cit.*, p. 95.

ses, uníos", se le agregara: "Ateos de todos los países, uníos".

Algo se ha hecho ya en ese sentido. En Méjico actúa una entidad análoga a la soviética, son los *sin-Dios* mejicanos. En la Exposición Mundial de la Prensa comunista, organizada en Roma por el Secretariado del Ateísmo en el local del Pontificio Colegio Rúsico, se destinó un estante a exhibir las publicaciones de propaganda atea editadas y difundidas en Méjico. Alguien llamó a esa sección la *cloaca máxima de la exposición!...* "Vemos allí —dice una correspondencia de Roma— ejemplares blasfemos, con ilustraciones obscenísimas, de los semanarios *Izquierdas, Cristo Rey, El Eco, Cuatro, El Gato, El Sacristán, Juventud Roja* y muchos más. La guía nos explica cómo se desarrolla en Méjico la propaganda atea, mediante reuniones de todo tipo (conferencias, bailes, mitines, veladas, representaciones teatrales, exposiciones artísticas, etc.), organizadas semanalmente por comisiones de maestros, universitarios socialistas, empleados de gobierno, etc., en las llamadas misiones "culturales", con que, parodiando satánicamente la obra del misionero católico, combaten entre los campesinos la religión, acostumbrando al pueblo a actos colectivos de apostasía".

Cuando, en los primeros meses de la presente guerra mundial, el ejército soviético ocupó una parte de Polonia, la Liga de Ateos Militantes formuló las siguientes peticiones al Gobierno de Moscú: 1º Supresión de todas las iglesias e instituciones eclesiásticas en los territorios ocupados; 2º En las zonas ocupadas deberán establecerse inmediatamente ramificaciones del movimiento ateo; 3º Todos los sacerdotes y ministros religiosos deben cesar inmediatamente en sus funciones; 4º Todas las propiedades de la Iglesia serán confiscadas; 5º Todos los encarcelados por blasfemia en virtud de las leyes polacas deberán ser libertados; 6º Todos los tratados concluídos entre la antigua República Polaca y la Santa Sede serán denunciados; 7º Debe iniciarse inme-

diatamente la publicación de un periódico ateo en idioma polaco; 8º La emisora de radiodifusión soviética deberá ser utilizada para propaganda atea. Simultáneamente, la Liga de Ateos hacía público un manifiesto en el cual decía: "La hora decisiva de la religión en Europa y en el sureste europeo ha sonado. El ejército rojo victorioso ha marchado sobre Polonia. Nuestras tropas llevarán consigo, orgullosas, la bandera del movimiento ateo. La lucha contra la fe religiosa entra ahora en su momento decisivo. Apoyados por las bayonetas del ejército rojo, los luchadores ateos se acercan a la hora de su gran éxito en Europa y en el sureste europeo. Mientras continúen su marcha hacia el Occidente, tendrán que considerar al Reich nazi como territorio de paso para el movimiento ateo. El Reich de Hitler difícilmente ofrecerá resistencia alguna al movimiento ateo, pues, hoy más que nunca (era la hora de la amistad germano-rusa), depende de la ayuda y apoyo de la Unión Soviética". (v. "Criterio", t. 41, p. 162.)

Medios de acción y propaganda.

Para difundir la ideología antirreligiosa y alcanzar sus fines propios, los ateos militantes cuentan con variados y modernos elementos, desde la hoja impresa hasta el avión y la radiotelefonía. Se sirven, además, como ya indicamos, de las organizaciones juveniles, en las cuales encuentran valioso apoyo para su obra demoledora. Vamos a dar unas noticias de estos elementos y métodos de acción.

a) *Publicaciones.* — En primer lugar, mencionaremos los periódicos, impresos, por supuesto, en imprentas del Estado. El "Bezboznik", "Sin-Dios", diario, aparece también como revista, seis veces al mes y quincenalmente edita un

suplemento ilustrado. El tiraje del "Antireli-gioznik" alcanzó en 1932 a más de 16 millones de ejemplares. Existen otras publicaciones periódicas, como p. ej., el "Sin-Dios Agrario", el "Atheist", y muchas más en diversas lenguas. A fines de 1929 aparecieron en Moscú dos diarios en lengua polaca, "para sublevar al proletariado polaco contra el catolicismo", un "Bezboznik" especializado en la guerra contra el Papa y sus adeptos, y otro denominado "Trybuna" (1).

b) *Aviación y radio.* — Festejando el vigésimo aniversario del Ejército Rojo, los *ateos militantes* obtuvieron que el gobierno soviético aprobara su propuesta de crearles una escuadra aérea propia, compuesta por veinticuatro aviones de bombardeo individualizados con la ins-

---

(1) Cf. Fernández Pradel, *op. cit.*, y Mons. D'Herbigny, *op. cit.*

El diario argentino *La Nación* publicaba con fecha 22-X-36 una correspondencia de Roma referente a la exposición de prensa antirreligiosa celebrada en el Colegio Russicum, en la cual se contienen detalles y cifras muy interesantes sobre la materia. "Es impresionante —dice el corresponsal— la estadística de las publicaciones. El tiraje del diario *Bezboznik*, en castellano "sin-Dios", es de 1.300.000 ejemplares". Hay diez mil diarios de propaganda comunista, que suman un tiraje de 37 millones. Sólo en Moscú se publican 298 diarios con un tiraje de 400.000. Los diarios de los *komsomoles* —juventudes comunistas— tienen un tiraje de 43.700.000 ejemplares. Se han publicado 24.300.000 ejemplares de los clásicos marxistas.

cripción "Sin-Dios", adquiridos en su mayor parte por colectas realizadas en los círculos ateos de la U.R.S.S. y del exterior.

En 1939 se constituyó en Moscú la "Sociedad Anónima Internacional Atea de Radio", con un capital de 500.000 rublos, cuya finalidad es difundir el ateísmo en los países extranjeros. Entre los fundadores se cuentan Yaroslavsky, presidente de la unión atea, y Scheinman, redactor del "Bezboznik".

c) *"Seminarios" - Universidad.* — Una prueba más de que el comunismo busca destruir la religión porque es él mismo otra religión, mejor dicho, una *antirreligión,* la tenemos en la forma imitativa con que los ateos proceden a organizar su propaganda. Así, por ejemplo, en lo relativo a la formación de propagandistas capacitados y activos, la cual se realiza en cursos especiales, remedando a los seminarios, y señalando a los egresados, lugares de residencia fijos, algo así como una jurisdicción parroquial, donde deben llenar su cometido.

En Moscú funciona la Universidad antirreligiosa de Krasno-Prisnizky. La enseñanza allí impartida se basa sobre el ejercicio práctico de la lucha antirreligiosa. Durante las vacaciones, los alumnos se dirigen a otros distritos para adiestrarse en la propaganda atea.

Funcionan además seminarios especiales donde se preparan "misioneros sin-diosistas" para el extranjero. El espíritu de imitación ha llevado a los ateos a celebrar un "Concilio Ecumé-

nico" y organizar *procesiones* sacrílegas en todos los centros poblados, aún los de ínfima categoría.

3. — La juventud al servicio del ateísmo.

Merece sección aparte el empleo que los *sin-Dios* hacen de la infancia y juventud comunistas, enrolándolas y haciéndolas participar de su movimiento. Pocas cosas como éstas prueban de manera más acabada y evidente el método reflexivo y deliberado con que se procede en Rusia Soviética al aniquilamiento de la religión. Cuando uno considera los planes puestos en práctica en la escuela, en las organizaciones juveniles y en el seno mismo de la familia para alejar a los niños y a los adolescentes de la vida religiosa, cuando uno conoce a qué clase de profanaciones y actos degradantes es empujada la juventud, procurando borrar de su alma hasta la idea misma de lo divino, uno se percata de toda la verdad, de toda la densa y terrible verdad de las palabras de Pío XI: "Maquinan sobre todo para con los tiernos adolescentes diabólicas insidias, a fin de que, inficionados con las más perversas doctrinas, se acostumbren a perseguir con odio implacable a los hombres y (da horror decirlo) al mismo Dios..." (1).

Con el objeto de franquear a los jóvenes la en-

---

(1) Constitución Apostólica *Quam curam*, del 15-VIII-1929, de erección del Colegio Rúsico.

trada a los cuadros ateos, el segundo congreso de los *sin-Dios*, junio de 1929, resolvió rebajar a 14 años la edad de admisión, no obstante la oposición de la tercera parte de los delegados que abrigaban el temor de que al ingresar a tan temprana edad en la liga, se suscitasen escándalos en las familias cuando hubiese disconformidad de los padres. "Escándalo más o menos —decía el "Antireligioznik"—, era preferible para reforzar nuestras filas admitir a los muchachos de catorce años. Es preciso todavía enrolar hasta a los muchachitos más pequeños y dar impulso a los *Grupos de jóvenes ateos*, reuniendo en ellos a los chicos hasta la edad de catorce años" (Nº 7, julio 1929).

Estos *Grupos de Jóvenes ateos* están integrados por niños de seis a catorce años de probada —¡valga la expresión!— fe atea. Para su admisión deben declararse ateos, alejados de toda práctica religiosa, no llevar consigo objetos religiosos y estar dispuestos a trabajar activamente en pro del ateísmo. Se les entrega una libreta especial y pagan su cuota: el *kopek* internacional. Su misión es difundir la ideología *sin-diosista* en la escuela principalmente, y en la entidad juvenil a la cual pertenecen, combatiendo las manifestaciones religiosas de sus compañeros.

Dirigiéndose a estos *pequeños ateos*, el camarada Yaroslavsky estampaba en el "Izvestia" la siguiente proclama: "¡Pioneers! aprontáos a luchar contra la religión, contra los popes, contra

la clase de los popes, contra todos los que tienen necesidad de la religión para tener esclavizada a la clase obrera". "¡A los *bezboznik* (sin-Dios) más jóvenes!: He ahí vuestro deber: El pioneer debe ser centinela avanzado de los luchadores contra la religión. Debe entonces conocer a fondo todos los males engendrados por la religión. Será auténtico discípulo de Lenin en la medida en que luche contra la religión. ¡Pioneer, de pie para abatir la religión en tu familia, en la escuela, entre tus camaradas; manos a la obra para crear grupos de ateos! Sé valiente, no temas la persecución. Gloríate de tu ateísmo entre los adultos, aún delante de los más doctos, cuyo cerebro está entenebrecido por la religión. Tu enemigo es el pope, el sacerdote católico, el almuecín, el rabino. Recuérdalo: *¡la religión es tu enemigo!* Ella ha embrutecido a tus padres, a tus hermanos. Fuera con la religión, fuera con las leyendas, fuera con el infierno, fuera con los cuentos de espantajos!" (1).

La inteligencia infantil es blanda y modelable como la cera. Las nociones que se graban en la edad temprana no se borran en el resto de la vida. Por eso el comunismo se apodera de la juventud y se empeña en imprimirle su sello a fin de plasmarla a su imagen y semejanza. "Dadme una generación —exclamaba Lenin— y transformaré el mundo". En eso está

(1) Mons. D'Herbigny, *Il fronte antireligioso*, p. 36.

el comunismo, y para lograrlo trata por todos los medios de extirpar de raíz la idea religiosa, pues bien se percata de que una concepción espiritual de la vida es el mayor obstáculo puesto al avance de su teoría esencialmente materialista. De ahí los ataques incesantes, redoblados, furiosos a veces, otras pacientes y astutos, contra cualquier religión. "Sin embargo —confiesa un comunista, Stepanoff—, el asalto del bolchevismo es, sobre todo, asalto contra el Cristianismo, cuyos mandamientos van indisolublemente unidos a la moral de las sociedades modernas". Y Krupskaia, la viuda de Lenin, por su parte, advierte a los niños que "los intereses del proletariado son diametralmente opuestos a los intereses cristianos".

Esta es la idea que se martillea y machaca en las mentes de todos, niños y adultos, la de la maldad intrínseca de la religión. Dios es un fantasma, una invención malvada y estúpida, fuente de todos los males que han afligido y afligen a la humanidad, y la religión, una ridícula superchería, de la que el hombre debe desprenderse para vivir gozoso la plenitud de su vida en el mundo nuevo forjado por su ciencia, por su técnica, por su solo esfuerzo, sin recurrir a explicaciones ni ayudas sobrenaturales.

Para visualizar, para corporizar y hacer palpables tales conceptos, los ateos militantes organizan las mascaradas antirreligiosas, representaciones escénicas, desfiles callejeros, etc., en los que no sólo se presenta a la religión bajo un

aspecto grotesco, ridículo, repugnante, sino que al mismo tiempo se hace participar al pueblo de modo directo y activo en la comisión de positivas apostasías y verdaderos sacrilegios.

"Las masas populares, otrora tan devotas, sólo llegarán a separarse definitivamente del cristianismo, afirman los doctrinarios del ateísmo, cuando hayan sido empujadas por provocación, por fuerza o por cansancio, o por cualquier medio, a cometer por sí mismas —y públicamente —actos individuales y colectivos de impiedad, de blasfemia, de sacrilegio: no basta con quitar los iconos, esconderlos, no venerarlos ya ni siquiera en secreto, hay que arrojarlos a la hoguera comunal *públicamente*, con gestos y palabras de mofa o de maldición; no basta cortar las relaciones con los sacerdotes, hay que hacer más, perseguirlos, befarlos, golpearlos, volverles la vida imposible prácticamente. Entonces, por arrepentimiento, o más bien de desesperación por la falta cometida, y en trance de tener que decir: "Mi pecado es enorme", estas almas del pueblo, en la medida misma en que la convicción intelectual de su falta las agobiará, llegarán a maldecir y a blasfemar, sincera y espontáneamente. Su inteligencia seguirá reconociendo la omnipotencia y la justicia, pero su fe, muy poco esclarecida, no esperará más que castigo y condenación: en suma, verdaderos demonios sobre la tierra". (1).

---

(1) De *La Guerre antiréligieuse en Russie Soviétique*, por Mons. Miguel D'Herbigny, Presidente del Instituto Pontificio de Estudios Orientales. La autoridad de los testimonios aportados por Monseñor D'Herbigny está abonada no sólo por la ciencia del autor sino también por el conocimiento directo que tuvo de la situación religiosa de la Rusia Soviética, donde permaneció una larga temporada, en calidad de enviado del Santo Padre.

Si queremos conocer la índole de esos actos de apostasía colectiva, los mismos diarios comunistas se encargarán de informarnos. Veamos lo que decía el "Rabochaya Moskva" ("Moscú Obrero"), del 24 de diciembre de 1929, sobre el *entierro de la religión:*

"El soviet de los sin-Dios de la margen sur del Moskva (barrio de Moscú muy poblado, denominado Zamoskvarechié) organiza, para el 6 de enero, una procesión de antorchas, un grandioso desfile, el *entierro de la religión.* A la cabeza del cortejo, unos camiones llevarán reproducciones de iglesias, de sinagogas, de mezquitas y árboles de Navidad. Todo eso será quemado en una de las plazas de la ciudad. Durante el trayecto, el cortejo recogerá íconos, biblias, libros de oraciones, etc. El término del desfile será el parque "Cultura y Descanso".

"Para el 25 de diciembre, el soviet de ateos de Zamoskvarechié convoca a los miembros del partido a una velada antirreligiosa. El camarada Lunacharsky (ex Comisario del Pueblo para la Instrucción Pública) hablará sobre el tema: "Los fines del partido y el trabajo antirreligioso". Para los días 24 y 25 de diciembre, en los clubs del barrio de Zamoskvarechié, durante las veladas antipascuales, disertarán los camaradas Siemazko, Smidóvich, Jalátov, Lunacharsky, y otros (todos personajes destacados). El soviet de los ateos militantes de Zamoskvarechié publicará para Navidad un nú-

mero especial de propaganda atea, "Ataque militar", para repartirlo en las células".

Este fué uno de los tantísimos actos planeados y ejecutados bajo la dirección de los *sin-Dios* durante la gran campaña antirreligiosa de la Navidad de 1929, uno de los momentos críticos de la lucha, cuyo objetivo especial consistía en concluir con la celebración tradicional de esa fiesta. El mismo periódico citado daba cuenta, pocos días después, de los resultados alcanzados.

"Los Dioses mueren". Así encabezaba su artículo el "Rabochaya Moskva" del 8-I-940, y expresaba: "Podemos cantar victoria; todos los esfuerzos de los clericales para utilizar las fiestas religiosas en favor de la religión se han estrellado contra la voluntad organizada de la clase obrera. De todos los puntos de la región de Moscú nos llegan noticias de las decisiones tomadas por las asambleas de campesinos y obreros, que exigen el cierre de iglesias y su transformación en instituciones culturales. Muchas localidades resolvieron quitar las campanas y entregarlas a la industria. Durante las mascaradas antirreligiosas, fueron quemados millares de íconos, que los obreros arrojaron de sus viviendas como trastos inútiles. En Tula se quemaron cerca de dos mil íconos". Y prosigue el relato de hechos similares efectuados —¡claro está!— por decisión *espontánea* de los obreros y campesinos, en otras numerosas localidades.

A los niños se les adjudica un papel de primer plano en estas demostraciones de impiedad colectiva. Se les induce a suscribir peticiones como aquella que publicaba un diario de Moscú firmada por un grupo de niños ateos, quienes reclamaban de sus padres en tono imperativo que pusieran fin a la celebración cristiana de la Navidad "porque no es una fiesta para obreros. Son los popes, los *kulaks* (campesinos ricos) y los explotadores los que necesitan de esas cosas"...

Son también ellos, los pequeños, los actores principales de las mascaradas antirreligiosas; tal, por ejemplo, la que recordaba con orgullo el "Rabochaya Moskva", donde cinco mil chicuelos, conducidos en grupos y turnándose para no interrumpir los actos, llenaron la jornada de la Navidad de 1929 escupiendo y haciendo otras ignominias sobre la Cruz y demás imágenes santas. "¡En vez de la *laus perpetua*, —comenta con amargo dolor Mons. D'Herbigny— la *profanatio perpetua!*"

En estas carnavaladas impías, los niños se disfrazaban de gansos, asnos, monos, y, sobre todo, de cerdos, pero siempre revestidos de ornamentos sagrados o hábitos monásticos y adiestrados por los maestros en la ejecución de gestos obscenos. La no concurrencia a estas demostraciones acarreaba graves sanciones no sólo al menor sino también a sus padres, como privación de la tarjeta de víveres, hasta para toda la familia, prisión del padre o de la madre, o de

ambos, o arresto de alguna hermana mayor, fiel a las prácticas religiosas y en edad de matrimonio (1).

La escuela tiene como primordial objetivo la formación integral antirreligiosa de la infancia y de la juventud. Allí, pues, se los adiestra y prepara para tomar parte en los desfiles y representaciones organizadas por los *sin-Dios*. También se les enseñan juegos, cantos y danzas, para que, junto con la diversión, penetre en su espíritu la idea de lo ridículo y pernicioso de la religión. "Los momentos de recreo —decía el "Antireligioznik", uno de los periódicos ateos— deben llenarse de pensamientos antirreligiosos, porque, si queremos conquistar la conciencia infantil, ningún momento mejor que el de la distracción y, sobre todo, de la distracción artística: juegos, bailes, paseos, hechos inesperados, todo debe ser antirreligioso. Es preciso desarrollar todo lo que de una manera u otra puede dar al niño una conciencia antirreligiosa". La misma hoja se encargaba de enseñar diversas maneras de llevar a la práctica su exhortación, describiendo modelos de disfraces, números de juegos infantiles y hasta breves pasos teatrales. He aquí algunos ejemplos, citados por Mons. D'Herbigny:

El pajarero. — Este disfraz sirve para mostrar el papel de los clérigos en la educación de

(1) MONS. D'HERBIGNY, *Il fronte antireligioso nella Russia dei Sovieti.*

los niños. Se viste al pequeño actor con hábitos de pope o de ministro de otros cultos. Lleva en las manos una red, dentro de la cual se ven figuritas recortadas de *octubristas* o *pioneers*. Para hacer más vivo el sentido del disfraz, el niño debe llamar la atencióh de los circunstantes corriendo por el salón, o en cualquier lugar donde se realice la representación, a fin de demostrar que los clérigos poseen mucha vitalidad y están siempre listos para atrapar a los chicos.

Los parásitos. — Se recortan figuras de chinches u otros insectos, se les ponen cabezas de popes y de otros ministros religiosos y se prenden sobre los trajes de los actores.

El arma de los popes. — Un niño vestido de pope lleva en la mano una botella con esta inscripción: "Nuestra arma contra las nuevas costumbres", y ésta: "El aguardiente es nuestro sostén", o bien así: "El aguardiente nos ayuda a engañar al pueblo con la religión".

El ataque ateo. — Los escolares forman rueda alrededor de un grupo de niños que juegan. Hacia ellos se dirigen, desde varias direcciones, popes, rabinos, otros sacerdotes, y *sectarios* (denominación dada a los creyentes), que van tomando a los niños y les ofrecen bombones. Luego les quitan los libros de estudio y les entregan en cambio libros religiosos, mientras les enseñan el cielo. En un costado de la escena un grupo de niños de la infancia comunista se consultan entre sí sin hacer caso a los sectarios y cléri-

gos. Estos quieren seducirlos también con golosinas, mas al no ser escuchados intentan atraparlos con redes. Entonces se abren las puertas y aparece un *pioneer* con un cartel en alto donde se lee una convocatoria a la niñez obrera para luchar a favor del ateísmo. Los hombres de sotana y los sectarios huyen. Es su derrota.

CAPITULO V

EL "FRENTE ANTIRRELIGIOSO"

1. — Estrategia atea.

Sin embozos ni disimulos, sin esconder la agresividad de sus planes, el comunismo soviético en general y, de un modo particular, la agrupación de los ateos militantes han adoptado la expresión *frente antirreligioso* para denominar a su acción metódica de progresivo exterminio.

No es al acaso ni sin razón que se ha tomado la expresión del vocabulario militar. Es un verdadero plan de operaciones concebido sobre bases estratégicas y desarrollado con un sentido bélico de las cosas, como si se tratara de una campaña en regla. Toda una guerra, en suma, cuyo objetivo es la destrucción completa de la religión y la *conversión* de las masas populares al ateísmo para que de ese modo sea la victoria total y definitiva.

La religión es *el enemigo*. Los creyentes son *los enemigos*. De *enemigos del pueblo* son calificados oficialmente los creyentes íntegros, que no aceptan imposiciones repugnantes a su conciencia religiosa. Contra ese enemigo, contra esos enemigos, moviliza el Estado mayor ateo sus fuerzas regulares, el ejército de línea de los *sin-Dios* y sus cuerpos auxiliares, los *pioneers* y *komsomoles*, los sindicatos y el mismo Partido Comunista. Contra ese enemigo pone en movimiento la formidable máquina estatal, cataratas de papel impreso, diarios, revistas, folletos, libros, propaganda radial, GPU. (policía secreta), toda la gama de amenazas, coacciones y violencias que pueden ejercer los órganos administrativos, máxime en un país donde el individuo depende del Estado hasta para satisfacer las necesidades primarias de alimentación, vestido y albergue. Ni siquiera el uso real de explosivos se ha omitido en esta guerra de verdad. Durante una semana entera retumbó en Moscú el eco de las explosiones de dinamita, con la que hicieron volar el monasterio y catedral de Simonof.

Cuando los bolcheviques se adueñaron del poder, hallaron a un pueblo adepto por abrumadora mayoría a las creencias religiosas. Hasta en el sector intelectual, en la *Inteligenzia*, gran parte de sus componentes estaban adheridos a la vieja fe rusa. Con agudo sentido de la realidad, comprendieron los comunistas que para llevar adelante sus proyectos de revolución in-

tegral era preciso vencer la dificultad que aquella circunstancia implicaba. Hacía falta, pues, descuajar la religión del alma rusa, luego desmenuzarla, triturarla, hasta volverla innocua si no se conseguía su aniquilamiento total. Para el logro de este objetivo, comenzaron por desarticular la jerarquía ortodoxa, sembrando divisiones y alentando rivalidades entre sus miembros, como ya lo vimos en un capítulo anterior. Simultáneamente vinieron las confiscaciones e incautaciones de bienes eclesiásticos, y las trabas administrativas al ejercicio del culto. La persecución contra las personas de clérigos y laicos *sectarios* tampoco se hizo esperar mucho. En esta materia, el registro de procedimientos puestos en práctica por los comunistas es amplísimo. Va de la simple amenaza hasta el confinamiento en las frígidas islas del mar Blanco y el fusilamiento o el tiro en la nuca, pasando por todos los grados de la presión moral, cárcel, deportación, privación de tarjetas de racionamiento, prisión de parientes, etc.

Los comunistas han sabido manejar hábilmente los resortes de la psicología de las multitudes. Las masas rusas, más que otras quizás, son fácilmente atemorizables. Su timidez no merece tanta severidad como compasión, dice Monseñor D'Herbigny. Bajo un régimen de terror, es peligroso no mostrar iguales sentimientos que los demás, "no aullar junto con los lobos". Mas ocurre que el miedoso, para no atraer sobre sí las sospechas de los perseguidores, se hace de-

lator por cobardía, acusa a otros y avergonzado de sí mismo va cayendo día a día en mayores crímenes, buscando acallar el remordimiento de la conciencia. Así, muchos campesinos y obreros rusos, que forman en las filas de los blasfemos y profanadores, obran en esa forma por temor y aterrorizan a los demás por miedo personal (1).

La táctica soviética tendía a este resultado: a que la masa del pueblo, profundamente creyente, después de cometidos los sacrilegios y apostasías, se considerase ligada a la suerte de sus perseguidores y mirase con aprensión un posible despertar religioso por miedo a las represalias. ¿Lo ha conseguido? Los ateos soviéticos se llenan la boca pregonando con orgullo que millones de campesinos han dejado de creer en Dios, que ya no rezan ni veneran sus antiguas imágenes (íconos). "Pravda", con motivo de una exposición agrícola realizada en Moscú, en 1939, ponía en labios de unos campesinos conceptos como éstos: "Hubo un tiempo en el que ciertos de entre nosotros se representaban el cuadro del paraíso futuro, pues eran creyentes; oían los sermones de los popes que les prometían las delicias y el paraíso en el otro mundo. Todas nuestras antiguas concepciones sobre el paraíso se han venido al suelo desde que hemos visto la Exposición agrícola. He ahí verdaderos paraísos

---

(1) MONS. D'HERBIGNY, *La guerre antireligieuse*, p. 12.

creados por las manos de los obreros, de los campesinos, de los ingenieros, de los artistas y de los arquitectos, creados por nosotros sobre la tierra". Agregaba el diario moscovita que la victoria del socialismo, trayendo el verdadero paraíso sobre la tierra, venía acompañado de un gradual e incesante crecimiento del ateísmo, viéndose sin necesidad de estadísticas que la mayoría de la población adulta ha roto con la religión.

Sin embargo, después de veinticinco años de ateísmo oficial, de persecución encarnizada, diezmado el clero, destruídos los templos, acosados en toda forma los creyentes, la religión no ha muerto en Rusia. Son los mismos ateos militantes quienes reconocen el hecho y se desatan en recriminaciones contra los malos *operarios* de la causa. Sus periódicos están llenos de quejas de esa naturaleza. Sin ir más lejos, en el mismo número de *Pravda* citado más arriba, el articulista reconoce que aún quedan *supervivencias capitalistas* en forma de creencias religiosas y formula graves admoniciones a los campesinos que suspenden las tareas de la recolección o de la siembra para cumplir con los ritos y devociones tradicionales.

Ni faltan siquiera *komsomoles* que no se recatan en calificar de *cosas de perros* a los matrimonios puramente laicos, registrados ante la "Z A G", Oficina matrimonial soviética. "Cuando un miembro del partido comunista siente sincero afecto por una joven, generalmente am-

bos están ansiosos de casarse por la Iglesia". Así se expresaba, poco antes de la guerra germano-rusa, el integrante de una delegación soviética de paso por Sofía. "Las aspiraciones religiosas —manifestaba el mismo informante— no se han podido suprimir... Aún entre los mismos comunistas, la piedad va en continuo aumento. Asistimos a algo que es casi inconcebible. Las iglesias son destruídas en todas partes, excepto en las ciudades con consulados extranjeros, donde son dejadas por pura apariencia, para dar la impresión de tolerancia religiosa y señalar cualquier declaración contraria como una mentira. Es un hecho que causa verdadera impresión ver a gente estacionarse durante horas —aún miembros del Partido comunista— en el solar donde con anterioridad se levantaba una iglesia." [1].

Dos consecuencias fluyen de lo dicho: Primero, que desde su conquista del poder hasta el presente, el bolchevismo no ha cejado en su empeño de exterminar la religión, lo que reputa uno de los objetivos esenciales de su política. Segundo, que pese a esa acción tenaz e implacable, la religión perdura en la U. R. S. S. y, lo que es más, se advierte, hasta en la juventud, un cansancio evidente por la propaganda antireligiosa y un deseo, no siempre disimulado, de encontrar algo que aplaque inquietudes insatisfechas, para las que no basta el substituto

---

(1) V. "Criterio", t. 43, p. 46.

de la técnica o de la mística proletarizante. Esto irrita a los ateos militantes. No pueden convencerse de que haya quien se sustraiga al influjo de la propaganda. Porque ha de saberse que ellos, los que se ríen de la fe, los que abominan de la fe, tienen una fe ingenua —hemos escrito bien, FE, "convencimiento de las cosas que no vemos"— en las virtudes irresistibles de la propaganda...

Multitud de hechos, comprendidos bajo el arco de tiempo que va de la Revolución de 1917 a la fecha, sirven de sólido soporte a las afirmaciones precedentes. De entre tantísimos casos que nos ofrece apiñados la historia de la persecución bolchevique en este cuarto de siglo, presentaremos algunos de los más importantes para poder formarnos una idea de la intensidad, de las modalidades y de las direcciones de la lucha antirreligiosa, añadiendo algunas consideraciones y ejemplos sobre los resultados obtenidos con la campaña ateizante.

2. — Un crimen abominable. La "campaña" de Navidad 1929 - 30.

Mucha sangre llevaba ya derramada la revolución soviética, cuando sus secuaces ejecutaron un acto que justamente conmovió la conciencia del mundo cristiano. Fué la muerte del Obispo católico Budkievich. El nombrado era Auxiliar en Petrogrado, hoy Leningrado, y se le trasladó a Moscú durante la Cuaresma de 1923 para ser

ultimado. Después de paseado por las calles, hecho objeto de escarnios, se realiza en un teatro la parodia de juicio el Domingo de Ramos y se lo condena a muerte. Se lo maltrata con crueldad inaudita, y, por fin, el Viernes Santo de ese año —la fecha fué elegida adrede—, se le ultima a balazos. Fué un crimen sin atenuantes.

La jerarquía de la víctima y las circunstancias en que se consumó confirieron a este asesinato un hondo dramatismo. El ánimo del Sumo Pontífice se sintió particularmente herido. Debe recordarse que a iniciativa suya, por aquellos años de gran escasez de víveres que hacía padecer un hambre terrible a la población, recibían alimentos diariamente 160.000 niños rusos, distribuídos bajo la dirección de una delegación pontificia. La muerte del Obispo revistió, pues, el carácter de un desafío y de una ruptura sangrienta y ostensible. Esto no impidió, por cierto, a la acomodaticia política del Soviet buscar, con miras interesadas, el establecimiento de relaciones con la Iglesia, como lo intentó Chicherin en Ginebra, aunque infructuosamente.

La táctica sangrienta no dió los resultados apetecidos. La sangre de los mártires sigue siendo en todos los tiempos semilla de cristianos. Fué así que el suceso mencionado y otros semejantes, como por ejemplo los procesos capitales del Metropolita Benjamín y el de Monseñor Cepliak, compañero de Mons. Budkievich,

produjeron efectos contraproducentes, ya que tocaron con un soplo de heroísmo las fibras más nobles del alma rusa. Un cambio de métodos se imponía y fué ejecutado.

La violencia, dura, implacable, brutal, está en la entraña de la estrategia bolchevique (1). Pero el comunismo es eminentemente flexible en la elección de medios, y si conviene a sus fines, por razones de oportunidad, dejar de lado, siquiera sea momentáneamente, los medios violentos, lo hace y se larga por los caminos que le señalen sus directores. Sucede, sin embargo, que, a pesar de sus propósitos, la impaciencia

---

(1) He aquí algunas sentencias típicas de los jefes comunistas: "Nosotros representamos el terror organizado. No conocemos cuartel" (Dzerjinsky, Jefe de la Checa). "La Checa jamás juzga a sus enemigos; los abate sin piedad y suprime al que no está con ella del mismo lado de la barrera". "Nosotros no luchamos contra los individuos en particular, nosotros exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis en la investigación ni documentos ni pruebas sobre lo que el acusado ha hecho contra la autoridad soviética. Lo primero que vosotros le tenéis que preguntar es a qué clase pertenece, cuál es su origen, su educación, su instrucción, su profesión" (Latzis). "Nosotros necesitamos jefes que sientan contra la burguesía un odio mortal, que organicen y preparen al proletariado para una lucha implacable, que no duden de emplear los medios más violentos contra todos aquellos que estorban en el camino. Es la guerra civil más encarnizada que jamás ha conocido la historia universal" (Zinovief). "Es necesaria una represión implacable, suprimido todo sentimentalismo" (Lunacharsky). (Cit. por D. R. Napal, en *El Imperio Soviético.)*

lo traiciona a menudo y, por el apuro en llegar, por la fiebre de alcanzar la meta, echa al olvido los planes cuidadosamente trazados y da de nuevo en el sistema directo y expeditivo de anular o eliminar al adversario.

En el Congreso del Partido reunido en 1920, decía Lenin a sus correligionarios, siguiendo la enseñanza de Marx, que debían ponerse en guardia contra el empleo de medios que hiriesen los sentimientos de los creyentes, "pues eso no haría más que fortificar el fanatismo religioso". Dieciséis años después, parece que todavía no se habían acatado las normas impartidas por el padre del bolcheviquismo, porque su sucesor en la jefatura se veía precisado a reclamar en 1936 un *cambio de táctica.* "Nosotros —decía Stalin— *no hemos temido servirnos de la violencia durante veinte años.* Pero ahora debemos adoptar *medios intelectuales.*" Estos medios consisten en la educación antirreligiosa de todas las categorías de la población, desde la niñez hasta los adultos, por medio de la escuela y de todas las formas de la propaganda: radio, prensa, conferencias, museos, cinematógrafos, etc. Es la misma receta preconizada desde las páginas de los diarios, por supuesto con el visto bueno del gobierno y respondiendo a sus inspiraciones: la propagación constante e ininterrumpida de la lucha antirreligiosa "de modo científico y racional, *por la convicción antes que por los medios administrativos,...*" (*Uchitielskaya Gazetta,* 5-II-38.)

No hay contradicciones ni en lo que llevamos dicho ni en la política religiosa del comunismo. El fin siempre es el mismo: aniquilamiento de la religión. Lo que varía y se adapta a las circunstancias es el procedimiento. Unas veces será la agresión directa, personal y sangrienta contra el clero y los fieles. Otras, serán los "medios administrativos", delicado eufemismo con el que se encubre el variado surtido de coacciones y represiones, destierro, cárcel, campos de concentración, privación de tarjetas de aprovisionamiento, traslados equivalentes a deportaciones, y demás medidas por el estilo, de que echa mano el sovietismo ateo para doblegar las conciencias de los *sectarios* recalcitrantes. Los comunistas se darían por muy satisfechos si pudieran salirse con la suya utilizando sólo medios incruentos, pacíficos, los famosos métodos *persuasivos* y *pacientes*, aconsejados por algunos de sus corifeos, especialmente cuando hablan para la exportación. Su mayor orgullo sería presentar al mundo el espectáculo de un inmenso país *convertido* al ateísmo merced a la predicación incansable de los *bezbozniki*, a la acción de la literatura *sin-diosista*, de un país ganado a la fe de la antirreligión por la propia gravitación del socialismo triunfante. En esta forma se conseguiría de un solo golpe un doble efecto. En el orden interno, significaría una victoria rotunda, decisiva sobre la religión al incorporar las masas creyentes o indefinidas al ateísmo oficial, sin que subsistan focos de re-

sistencia alimentados por la reacción de los perseguidos. En el orden externo, comportaría un título a la benevolencia de los Estados tolerantes en materia religiosa y una manera de abrir camino en ellos para la penetración comunista sin despertar recelos en los sectores religiosos de los mismos (1).

La conquista de las conciencias por los *medios intelectuales* es el desiderátum, el ideal. Por lo menos así afectan sentirlo los primates del comunismo. Mas ese ideal aparece lejano e inalcanzable. Un vuelco espontáneo de los creyentes a las filas ateas no es previsible; de momento ningún indicio lo anuncia; al contrario, es notorio el hastío y el *descreimiento* no disimulado de muchos miembros del propio Partido Comunista por la lucha antirreligiosa. En la medida en que se muestran ineficaces los medios intelectuales, se impone el recurso a los "medios administrativos", o a la violencia pura y simple Es cuestión de saber mixturar y dosificar los procedimientos. Todo una técnica asentada sobre bases presuntamente científicas, muy al gusto comunista que profesa con fervor el culto de la ciencia, o, mejor dicho, del cientificismo, herencia bien habida de su padre y fundador, Karl Marx. Para esta función especializada se necesitaba un órgano también

---

(1) Es la práctica que se está empleando en estos momentos.

especializado. A ese fin, como vimos antes, obedeció la creación de la Liga de Ateos Militantes, a la cual podemos definir como el organismo técnico encargado por el Estado soviético de la función específica de sistematizar la lucha contra las religiones. Desde su fundación, la entidad corre con la elaboración de los planes ofensivos antirreligiosos y dirige su cumplimiento bajo el alto patrocinio y supervisión del gobierno a cuyas directivas se conforma en última instancia el movimiento ateo, como cualquier otra actividad que se desarrolle en la jurisdicción de la U. R. S. S.

En 1928, Stalin puso en marcha el ambicioso Plan Quinquenal, su famosa *Piatiletka*, destinada a lograr la rápida industrialización de la Unión Soviética, libertarla de la dependencia económica del extranjero y reforzar el poderío del Ejército Rojo. Como es sabido, no se escatimaron esfuerzos para llevar adelante el proyecto. En 86.000 millones de rublos se estimaron los capitales necesarios, según el programa inicial, suma que se elevó luego a 118 000 millones. Pese al colosal despliegue de propaganda y a la movilización de ingentes recursos, los resultados no están a la altura de las esperanzas cifradas en el éxito del Plan. ¿Qué engranaje fallaba en la enorme maquinaria? La respuesta dada por los comunistas era bien sencilla: las *supervivencias capitalistas* eran el gran obstáculo puesto al avance de la Piatiletka, y entre tales supervivencias, ninguna más obs-

tinada y perjudicial que la religión[1]. ¿Qué hacer, entonces? Pues, simplemente, arremeter a fondo contra el clero, los fieles y lo que subsistiera de organizaciones eclesiásticas. Pero, eso sí, nada de represiones espectaculares ni de ejecuciones aparatosas, que si bien amedrentan a los flojos, tienen la singular virtud de excitar el valor de los fuertes. Esta vez, la cosa estaba bien planeada y se haría sobre bases científicas. La consigna sería: "*¡Mártires no, apóstatas!*" Con este lema por programa los *sin-Dios* desataron después del Congreso de junio de 1929 su gran ofensiva destinada a completar en el orden moral lo que el Plan Quinquenal pretendía en los demás órdenes, a saber, la completa transformación de Rusia y el arraigo efectivo del socialismo integral.

En la segunda mitad de ese año, era palpable la creciente virulencia de la lucha antirreligiosa, intensificada ya desde el mes de abril. Al ataque general lanzado en las postrimerías del año, sirvió de preludio la que calificaron los ateos de "batalla de las campanas", que no fué otra cosa que el despojo sistemático de las campanas de los templos, extendido a las verjas y objetos metálicos en general. Con motivo de

(1) "El Plan soviético de reconstruir el país en cinco años no se halla estobado sino por la religión... La gente de Iglesia y sus secuaces trabajan de hecho contra la revolución. Es, pues, necesario cerrarles todos los centros de organización" *(Rabochaya Moskwa,* 27-X-29).

la celebración de las Navidades, católica y ortodoxa —24-25 de diciembre y 7-8 de enero, respectivamente—, la campaña alcanzó su máxima intensidad. El triple objetivo que se propuso el Comando ateo fué éste: Conquista de las masas adultas, conquista de la niñez, conquista del clero mismo. La estrategia adoptada consistió, no en suprimir ostensiblemente la religión, sino en volver imposible su práctica, tornarla ridícula, odiosa, y, sobre todo, convertir en propagandistas acérrimos del ateísmo a los que entre el pueblo gozaban mayor fama de piadosas. En esta forma, por efecto del escándalo de los mejores, por la repercusión de las apostasías, se iría ensanchando sobre el mapa de la U. R. S. S. la mancha oscura del área irreligiosa.

Para entorpecer y aniquilar en lo posible el ejercicio del culto, se recurrió al cierre o demolición de los locales religiosos, a su transformación en centros de diversión o cultura, y también al retiro de los permisos habilitantes o imposición de gruesas sumas en concepto de contribuciones, cuya falta de pago implicaba la pérdida de la habilitación. Los periódicos soviéticos de la época están plagados de noticias referentes a estas medidas. El tenor de los despachos es casi siempre el mismo. "Los obreros de la localidad X reunidos en asamblea decidieron entregar la iglesia del pueblo a la liga de los ateos militantes para instalar un club cultural". "El soviet de campesinos de Z re-

solvió retirar las campanas del templo local y entregarlas al fondo de recuperación industrial". En otra parte, las autoridades, "intimadas por la masa obrera", (como decía el "Izvestia", refiriéndose al caso de Arkángel) prohibieron el toque de campanas, decisión imitada en numerosos lugares. En algunos puntos, se eligió la víspera misma de Navidad para hacer efectivo el retiro de las campanas. Era una emulación, una puja, una carrera entre las ciudades y pueblos para mostrarse más diligentes en ejecutar las medidas dispuestas por los *sin-Dios*. No sólo a las aldeas o ciudades de provincia castigaba el vendaval antirreligioso. También las grandes capitales pagaron su tributo de templos destruídos y bronces entregados a la fundición. Ya recordamos la voladura de la catedral de Simonof, en Moscú. En Leningrado, la de San Isaac fué transformada en museo antirreligioso y sus campanas, unas cien toneladas de metal, destinadas a uso industrial. En Rostof, la catedral convirtióse en "Museo de emulación socialista", y la Iglesia de la Resurrección, de Kief, en círculo de los obreros metalúrgicos que "querían suprimir los focos de alucinación" (palabras del "Bezboznik", 27-X-29).

"Iglesias ortodoxas y católicas, capillas de otras confesiones, sinagogas, mezquitas, todo lo que huela a religión debe dejar de existir", proclamaba el articulista soviético I. Nikulikin, en la "Rabochaya Moskwa". El "Antirre-

ligioznik", septiembre 1929, publicaba el siguiente balance de los primeros meses del año: 423 iglesias clausuradas, 243 urbanas y 180 rurales. De esas iglesias, 156 fueron convertidas en teatros, cinematógrafos y museos[1], 38 en escuelas, 14 en cooperativas, 10 en centros veterinarios y 26 demolidas para aprovechar los materiales. En la región de Kashin, sobre 35 iglesias existentes, cerraron 28. El Rev. Paul Hutchinson, de los baptistas —secta que junto con los metodistas mantuvo durante algún tiempo buenas relaciones con los bolcheviques—, escribiendo en 1929, consigna la cifra de 500 iglesias de su confesión cerradas en un año. En 1932, el diario *Ost-Europa* afirmaba que desde el comienzo de la dominación comunista en Rusia pasaban de 14.000 las iglesias sustraídas a su uso natural[2].

---

(1) Gide refería, en 1936, que en una iglesia de las cercanías de Sochi asistió a un curso de danza. En el sitio del altar mayor, las parejas giraban al son de un fox-trot o de un tango. En otro templo, próximo a Sebastopol, transformado en museo arqueológico, habían colocado, debajo de una imagen de Jesucristo, el siguiente cartel: "Personaje legendario que jamás existió". *(Regreso de la U. R. S. S.*, 6ª ed., pág. 98.)

(2) Cit. por Fernández Pradel, *op. cit.* Es difícil pronunciarse sobre la exactitud de estas cifras, pero de todos modos es indudable que alcanza a ser impresionante el número de templos cerrados. Basta atenerse a lo confesado por los propios comunistas. En 1935, según testimonios de viajeros, de las 800 iglesias y capillas de Moscú, dólo quedaban abiertas de 30 a 40.

Para ridiculizar a la religión y forzar las apostasías en masa se organizaron grandes desfiles carnavalescos, mascaradas antirreligiosas, y enormes hogueras de *íconos*. Camiones ocupados por muchachos de las juventudes comunistas y miembros de la liga atea recorrían las calles recogiendo las imágenes que luego serían arrojadas al fuego. En la plaza pública se elevaban las llamas crepitantes de fogatas colosales. Llegado allí el cortejo, empezaba la quema entre la grita de los circunstantes, silbidos e imprecaciones, redoblados cuando algún infeliz, —un pobre viejo o alguna anciana—, al echar al fuego su *ícono*, no ocultaba la tristeza con que se separaba de la venerada imagen, compañera tal vez de toda la vida...

Actos de esta naturaleza se llevaban a cabo no sólo en los centros poblados sino también en la campaña, organizados especialmente por las colonias agrícolas, los Koljoses, dándose el caso de comunidades enteras de campesinos que renunciaban, mejor dicho eran empujadas a renunciar a la religión.

En esto también, los pueblos, las aldeas, las usinas, se disputaban el honor de ser los primeros, de batir "*records*". Los mineros de Gorlovsky fueron citados en la orden del día en toda la Unión Soviética por haber quemado *cuatro mil* íconos en presencia de quince mil obreros. "Su ejemplo —decía el diario "Vechernaya Moskwa"— debe ser imitado por todos los tra-

bajadores de todos los rincones de la Rusia Soviética".

Si grande fué el empeño puesto por los *sin-Dios* en alistar a las masas bajo las banderas del ateísmo, comprendidas la niñez y la juventud, a las cuales se colocó en primera fila en las demostraciones antirreligiosas, no hay duda de que uno de los objetivos más codiciados resultó la conquista del clero. Ese era el golpe maestro considerado por el activismo ateo para desorganizar a los grupos creyentes. No se equivocaban, por cierto. Nada descorazona tanto a los fieles como ver a los que hasta la víspera fueron sus pastores y su gran sostén en las horas de prueba pasarse al campo enemigo y volver las armas contra los hermanos de ayer. Para conseguir los mayores efectos en ese sentido, el comunismo rodeó de publicidad ruidosa los casos, no infrecuentes por desgracia, de apostasía clerical. Las defecciones fueron más numerosas entre el clero ortodoxo. Es verdad que la cantidad de miembros era muchísimo más elevada que la del clero católico, pero, con todo, proporcionalmente también se registraron mayores caídas en sus filas. Mas, antes de pronunciar un juicio sobre la conducta de estos infelices servidores del culto, es preciso considerar el cúmulo de vejaciones, sevicias sin cuento, privaciones, sobornos, impuestos exorbitantes, soportados durante meses, durante años, y capaces de quebrantar el ánimo mejor templado. Cada apostasía fué explotada a fondo, di-

vulgándose el hecho entre los fieles y, sobre todo, tratando de que el clérigo renegado se convirtiese en un activo militante ateo. Pero las claudicaciones sirvieron también para algo que no entró en los cálculos de los comunistas. Por contraste, hicieron resaltar la heroica entereza de los que no cedideron a las amenazas, a las coacciones, ni se rindieron a la seducción. Podrían llenarse decenas de páginas refiriendo en apretadas líneas la historia de tantísimos obispos y sacerdotes que a la apostasía prefirieron la prisión, el campo de concentración, el confinamiento, la muerte...

Recordemos, como ejemplo, algunos casos de religiosos católicos solamente. Monseñor José Bielogolovy, de la arquidiócesis de Mohylev, solicitado insistentemente para constituir una llamada *iglesia católica antirromana*, se rehusó con valentía y fué fusilado. Monseñor Boleslao Sloskan, administrador apostólico de Mohylev y Minsk, torturado y destinado sin proceso a trabajos forzados en la isla Solovsky. Domingo Ivanof, vicario de la parroquia de Santa Catalina, en Leningrado, también confinado en Solovsky (1). El canónigo Antonio Vasilevsky, de-

---

(1) Los confinamientos de la isla Solovsky están entre los preferidos por los soviéticos para condenar a mucha gente a un fin seguro. Según datos proporcionados por D. R. Napal, la isla se encuentra en plena zona ártica, soportándose allí temperaturas espantosamente frías, de hasta treinta grados bajo cero. Debido a ello, a la escasa alimentación y a los trabajos durísi-

portado al sur del Cáucaso, donde murió en el más completo abandono, después de sufrir toda clase de torturas físicas y morales. Para completar esta breve lista, susceptible de ser multiplicada muchas veces con citas de casos semejantes, el nombre de una mujer, la madre María Abrikosova, que, al decir de Mons. D'Herbigny, "fué atormentada con una barbarie más refinada que la de los carceleros siberianos descritos por Dostoyevsky" (1).

4. — La protesta del Papa.

Frente a los caracteres espantosos adquiridos por la persecución, y ante la perspectiva de que la marea roja siguiera en aumento, el Sumo Pontífice Pío XI alzó una vez más su voz, el 2 de febrero de 1930, dirigiendo una carta al Cardenal Pompili, donde expresaba su emoción al pensar "en los crímenes horribles y en los sacrilegios" que se venían cometiendo en Rusia, los cuales habían recrudecido durante la Navidad anterior. Se lamentaba el Pontífice de la

---

mos a que se ven sometidos, los prisioneros sucumben en proporciones aterradoras, que llegan al 40 %. Sin embargo, la muerte es recibida como una liberación por los desdichados que unen a los tormentos físicos del frío, del hambre y la fatiga, la tortura moral de saberse enterrados vivos sin esperanza de retorno al seno de los suyos. (En *el Imperio Soviético*).

(1) *Il fronte antireligioso nella Russia dei Sovieti*, p. 46.

incomprensión de las grandes potencias que en la Conferencia de Génova no aceptaron su propuesta de subordinar el reconocimiento del Soviet a la condición de que éste garantizara la libertad religiosa, y después de denunciar los atentados contra la juventud y contra la celebración cristiana de la Navidad, terminaba señalando el 19 de marzo, festividad de San José, como jornada de reparación y de expiación por los sacrilegios cometidos.

La respuesta bolchevique a la carta del Papa fué doble. Por una parte, se hizo formular una *protesta* al metropolita Sergio contra las acusaciones pontificias, seguida de una declaración del Soviet que negaba la persecución, atribuyéndola a la imaginación capitalista. Por otra, los ateos militantes iniciaron una nueva *campaña,* a la cual denominaron *campaña de Pascua.*

4. — Las tres líneas de lucha.

La lucha antirreligiosa, sistematizada de modo especial a partir de 1929, se extendió en tres líneas convergentes: a) Lucha contra toda religión en general; b) Id. contra la juventud; c) Id. contra el Papa.

a) *Contra toda religión.* — Es verdad que los luchadores antirreligiosos se particularizaron en descargar los golpes más fuertes contra los ortodoxos y católicos; contra aquéllos por ser la confesión más numerosa y aparecer su culto

inseparablemente unido en el alma popular con el recuerdo del antiguo régimen; contra éstos, porque no obstante su número exiguo, eran los mejores organizados y los más irreductibles a las amenazas y violencias. Pero sus ataques se extendieron sin excepción a todas las religiones y a todos los creyentes. En sus proclamas, manifiestos, discursos, los ateos militantes denuncian al pope, al sacerdote católico, al rabino judío, al mullah musulmán, como enemigos del pueblo y sujetos dañinos cuyo exterminio constituye una necesidad urgente para llegar al deseado establecimiento del mundo socialista. Los mahometanos se vieron precisados a dirigirse al Pontífice romano solicitando que elevara su voz por la defensa también de la libertad islámica, porque "los bolcheviques —decían— no hacen distinción entre cristianos y musulmanes. El gobierno de Moscú —agregaban— pretende aniquilar todo sentimiento religioso, y lucha contra Dios". Por su parte, una reunión de rabinos celebrada en Jerusalén, en 1933, decretó un día de duelo por la persecución que sufrían en la U.R.S.S. (1). En cuanto a las sectas protestantes establecidas en Rusia, no corrieron mejor suerte. Algunas de ellas, como los baptistas, por ejemplo, que en los primeros momentos del régimen quisieron conciliar sus principios religiosos con la ideología comunista, se desengañaron

(1) Cf. FERNÁNDEZ PRADEL, *op. cit.*

luego y fueron víctimas de los mismos atropellos y crueldades que los demás creyentes.

La idea misma de religión y de Dios fué atacada en su raíz, tratándose de extirparla de la conciencia popular mediante el empleo metodizado de las formas más modernas de propaganda. Sin dejar completamente de lado las violencias cruentas, ni menos aún los métodos administrativos, se recurrió al empleo intensivo de los llamados *procedimientos persuasivos*, demostraciones callejeras (desfiles, quemas de imágenes, etc.), conferencias, proyecciones cinematográficas, periódicos, radiotelefonía, etc.

El comunismo ha puesto particular empeño en presentar ante los ojos del pueblo a la religión y a la ciencia en inevitable conflicto, del cual, naturalmente, sale siempre vencedora la última. Esta es mostrada cual libertadora del hombre, sometido antaño al influjo absorbente de aquélla y víctima de sus dogmas. Se llega a extremos tan absurdos, que un tal Dr. Lieberfab escribió un artículo en el "Sin-Dios" para demostrar que la religión es enemiga de la... salud! Otro colega suyo expresaba en la misma hoja que la "medicina se ha desarrollado en lucha con la religión". Sólo escribiendo para un público crasamente ignorante pueden estamparse tamaños dislates.

La supercheria cientificista se visualiza en los museos antirreligiosos, instalados casi siempre en antiguas iglesias sustraídas al culto. El de Leningrado funciona en la Catedral de San

Isaac. En Moscú está instalado el Museo Central del Movimiento Ateo. Por el año 1933, existían ochenta de estos locales habilitados, y se proyectaba la creación de cien más. Con profusión de aparatos ópticos, astronómicos, geodésicos, y diagramas, gráficos e ilustraciones, se busca crear una atmósfera científica y dejar en el ánimo de los visitantes la sensación de que las creencias religiosas son una cosa absurda, ya liquidada por anticientífica. Para completar los efectos de esta clase de propaganda se han organizado además exposiciones rodantes, por ejemplo una que llevaba por lema el "Mito de Cristo", preparada por el comité de distrito comunista de Sebastopol. El diario "Pravda", informado al respecto, expresaba que "con interesantes fotografías y documentos se desenmascaran las leyendas de Cristo y la labor reaccionaria de la Iglesia". Con tales exhibiciones se tocaron todos los límites imaginables de la grosería y del mal gusto, al extremo de que las mismas autoridades soviéticas tuvieron que frenarse en ese sentido por los efectos contraproducentes observados en algunos casos. Digamos de pasada que el culto a la ciencia no significa absolutamente el reconocimiento de la libertad de cátedra o de investigación. ¡Qué ha de ser! Allí el sabio o simple estudioso, como cualquier otro hombre, tiene que marcar el paso al son de la música que le toquen. Su ortodoxia científica se aquilata por la conformidad a los cánones del marxismo-leninismo, por el *espíritu*

revolucionario del sujeto y por su plasticidad ante las presiones oficiales.

Paralelamente al uso de los métodos didácticos y persuasivos, se han dirigido ataques contra dos elementos indispensables para mantener en pie a la Iglesia: se ha procurado aniquilar al clero, y hacer desaparecer los locales del culto. Ya hemos dicho algo sobre esos puntos, por lo que en consecuencia nos limitaremos tan sólo a añadir algunos datos interesantes.

Después de la entrada de la Unión Soviética en la Liga de las Naciones pareció atemperarse la violencia antirreligiosa. Por lo menos, así lo hacía imaginar a la opinión pública extranjera el cambio de tono operado en la prensa liberal de Occidente. Pero, si en ciertos aspectos la represión se había vuelto más disimulada, no desapareció ni mucho menos. Con toda premeditación, se tendía a la progresiva extinción del clero, a su *liquidación,* para emplear el vocabulario soviético. El clero extranjero, particularmente lituano, polaco y alemán, fué duramente castigado. Muchos de sus miembros fueron encarcelados, confinados en Solovsky, y no pocos ejecutados.

En 1935, representantes de diversas confesiones rusas elevaron un memorial al Consejo de la Liga, en Ginebra, solicitando la intervención de la entidad para que se pusiera fin a la serie de arrestos y fusilamientos que estaban llevando a cabo las autoridades bolcheviques. No se les escuchó. En 1937, el clero católico vió diez-

mados sus efectivos. Ese año, "Izvestia" anunciaba una nueva ofensiva contra la religión con el pretexto de actividades de *sabotaje* y espionaje atribuídas a los religiosos. Con miras, sin duda, de cohonestar el nuevo brote persecutorio, el periódico daba cuenta de que habían llegado a Rusia "emisarios secretos de la Compañía de Jesús, para organizar grupos jesuíticos encargados del espionaje y del asesinato de los líderes soviéticos".

No se sabrá nunca a qué número alcanzaron los sacerdotes sacrificados, pero la penuria de clero que sufre actualmente el pueblo ruso puede dar una idea de la magnitud alcanzada por la persecución. En 1941, se informaba que en la región de Carelia la falta absoluta de sacerdotes había obligado a los fieles a designar de entre ellos mujeres encargadas de leer los oficios. No eran consideradas sacerdotes ni reemplazaban a éstos, pero llenaban una alta misión, que las hizo merecedoras de la animosidad gubernativa.

Pareja a la campaña contra los servidores del culto fué la que se prosiguió, después de los grandes ataques de 1929-30, contra los edificios destinados al ejercicio de la religión. "L'Osservatore Romano", en su número del 15-V-937, presentaba un cuadro de la situación imperante en Rusia por aquel entonces. "Todos los monumentos más venerables —decía—, las iglesias y monasterios, han sido destruídos o convertidos en museos. Tan sólo en los subur-

bios más apartados se puede encontrar alguna pequeña iglesia; todas las demás han sido transformadas y empleadas en instituciones antirreligiosas". Describía luego el corresponsal las difíciles condiciones en que tenían que celebrarse los oficios por el corto número de ministros, la desaparición de los objetos y ornamentos sagrados, concluyendo, sin embargo, que a pesar de todas las restricciones el sentimiento religioso seguía siendo alimentado por la inmensa mayoría de la población, dándose el caso de que hasta funcionarios del gobierno asistiesen, con precauciones para no ser reconocidos, a algunas ceremonias.

b) *Contra la juventud.* — Compenetrados de la decisiva importancia que reviste para la subsistencia y consolidación del régimen la formación de hombres y mujeres integralmente marxistas, los bolcheviques se entregaron desde la primera hora a plasmar el alma juvenil en conformidad con su doctrina. La educación está íntegra y exclusivamente en manos del Estado. El principio central de la enseñanza, en torno al cual se estructura todo el sistema pedagógico soviético, es la antirreligiosidad. Es deber profesional del maestro comunista secar en el alma de sus alumnos todo germen intelectual susceptible de despertar en el educando inquietudes espiritualistas. Este trabajo se cumple metódicamente desde el jardín de infantes hasta las aulas universitarias. Bajo este aspecto, el Comisariado de Instrucción Pública coordina su

labor con la Liga de Ateos militantes, quienes se encargan de proveer a las escuelas material didáctico antirreligioso. En una conferencia pedagógica reunida en Moscú, en 1934, una delegada de la ciudad de Voronez afirmó que en las escuelas de su dependencia el 100 % de los niños pertenecían a las organizaciones ateas. En Leningrado, la proporción máxima alcanzaba al 92 %. La finalidad de los jardines de infantes, declaraba el órgano "Educación pre-escolar", no es formar en esa edad ateos militantes, sino combatir las manifestaciones religiosas que aparecen en el niño pequeño. Lo que se busca es crearle un mundo psíquico tal, que en su interior ni tenga cabida ni pueda arraigar ninguna idea de un orden superior al que revela la sola experiencia material y sensible. Para combatir la posible influencia contraria del espíritu hogareño, exhortaciones paternales, ejemplos de hermanos mayores apegados a las creencias, el Soviet encuadra a la niñez y a la juventud en las organizaciones del Partido, *octubristas, pioneers, komsomoles*, donde se empapan por todos los poros, de una filosofía radicalmente materialista y atea.

No sólo en Rusia, sino en todas partes donde el comunismo ha alcanzado el poder o ha conquistado bastante ascendiente influyendo en la orientación del gobierno, se ha operado la descristianización de la escuela. Mientras no ven el ambiente suficientemente dispuesto a recibir sus principios, disfrazan sus intenciones bajo el

rótulo de "novedades pedagógicas", aceptadas tontamente por muchos que serán mañana los primeros en espantarse por los resultados. Tal fué la táctica de Glöckel, en Viena, que llegó a ejercer funciones en el ramo de instrucción pública a raíz de la revolución comunista de 1919. Su gran ambición y su gran tarea fué crear una generación marxista, porque la educación, a su juicio, constituiría a la juventud en un pilar indestructible de la revolución. "La destrucción del Occidente —aseguraba— ha de llevarse a cabo cruentamente cuando Rusia se lance con su ejército rojo hecho sangre y fuego contra los estados burgueses, pero incruentamente por nosotros los vieneses por dos procedimientos: el primero, el del judío Breitner, de deshacer al pequeño comerciante, estableciendo las grandes empresas judías; y el segundo, el mío, mi sistema de descristianización y revolucionarización del niño. Para la consecución de esos dos fines —agregaba—, no hemos de perdonar medio, haciendo entrar en complicidad a las dos grandes fuerzas internacionales, las logias y la socialdemocracia" (1).

Méjico ayer, Polonia y los estados bálticos hoy, nos han ofrecido cuadros elocuentes de la política educativa marxista. No insistiremos con ejemplificaciones que resultarían redundantes. Basta decir que las líneas generales son

(1) Cit. por JOAQUÍN REDÍN. Ver *Criterio*, t. 27, página 389.

siempre las mismas en vista a un idéntico resultado: la ateización de la infancia y de la juventud.

c) *Contra el Papa.* — Como el liberalismo, como los demás estatismos genuinamente totalitarios, el comunismo ha visto con claridad que mientras exista la Iglesia católica no le será posible arribar al total sometimiento del hombre. La parte más noble de éste, su espíritu, escapará a su dominio sofocante mientras el corazón humano siga palpitando por los grandes y eternos ideales de belleza, de bien y de santa libertad. Estos valores encuentran su entera realización y su más firme salvaguardia al amparo del cristianismo integral, conservado y enseñado por la Iglesia Católica a título de guardiana y maestra legítima de la fe cristiana. En el torbellino de la historia, la Iglesia unida y jerárquica se alza como torre inconmovible, cuya solidez garantiza la promesa indeficiente de su Divino Fundador. Unicamente tras sus muros compactos puede el hombre sentirse seguro y gozar dignamente de una libertad benéfica, limpia y saludable que lo enaltece, muy opuesta a esa otra sombra de libertad prometida por las falsas teorías, cuyo natural efecto es hundir al individuo en la ciénaga del libertinaje.

Todas las corrientes de pensamiento que se han desviado del camino de la Verdad, todas las herejías, se han arrojado contra la roca de la Iglesia. Sus ataques se han particularizado contra la cabeza visible de la Iglesia, contra el Pon-

tificado, porque saben que ésa es la clave de bóveda, la piedra angular del edificio. El ejemplo de fracasos anteriores no los alecciona. Cada nueva arremetida trae una carga mayor de odio y de insensatez. El comunismo, herejía radical porque mata hasta la misma idea de Dios, no bastándole la *liquidación* del catolicismo ruso, lanza furiosas cargas contra el Jefe de la Iglesia romana. Es lógica su actitud. Si considera a la religión como un obstáculo para la dicha de los hombres, si lucha contra toda concepción espiritualista de la vida, es natural que ataque al Sumo Pontífice, la mayor autoridad espiritual de la tierra y jerarca supremo de la religión por excelencia, encarnada en una organización fuerte por la virtud intrínseca de los principios en que se asienta y por los títulos que tiene ganados al reconocimiento de propios y extraños.

El Papa es presentado ante el pueblo, por las publicaciones y la propaganda soviética, como el director de las *fuerzas negras*, aliado del capitalismo y de todos los elementos reaccionarios del mundo. Desde la reconciliación con la monarquía italiana, se calificó a Pío XI no sólo de *fascista,* sino también de inspirador del militarismo mundial y de las guerras imperialistas, acusándose a la Iglesia de "gran organizadora de las fechorías más sangrientas perpetradas en las colonias europeas"... Los documentos sobre el comunismo fueron mostrados como expresión de mala voluntad hacia el pueblo ruso

en particular y a todos los proletarios en general. Igual suerte corrieron las encíclicas sobre la cuestión social, a las que se hizo aparecer como sancionando eternamente los privilegios de los capitalistas y terratenientes. Cuando murió Pío XI, entre el afecto y la admiración del mundo entero, el órgano de los ateos militantes publicó una nota biográfica donde retrataba al difunto pontífice entregado toda su vida a tortuosas maquinaciones diplomáticas, para terminar afirmando que "toda su política fué reaccionaria, dirigida contra los vitales intereses del pueblo".

Se necesita una ofuscación enorme o contar demasiado con la ignorancia del público a quien van destinadas esas informaciones, para desconocer y desfigurar en esa forma grosera y desleal el hecho cierto del afecto profesado por Pío XI al pueblo ruso. No sólo subrayó intensamente en todos los documentos relativos a Rusia su paternal disposición de ánimo, sino que dió pruebas tangibles y materiales de sinceridad, organizando aquella benemérita comisión de socorros a los niños hambrientos del Soviet. Ciento sesenta mil criaturas recibieron alimentos diariamente gracias al cuidado que inspiraban a su corazón de Padre común, y ni siquiera el asesinato de Mons. Budkievich fué bastante para disuadirlo del empeño. Recién se retiraron los delegados pontificios, cuando la presión de las autoridades hizo imposible la prosecución de su cometido.

Hace falta una mala fe insigne para clasificar como enemigo de la paz a un hombre que, agobiado por los años y la enfermedad, luchó valerosamente hasta el fin con el ansia de evitar al mundo el horror de una nueva guerra que él presentía fatal para la suerte de la civilización. No escaparía, sin duda, a su clara inteligencia avivada por la vecindad de la catástrofe, que sobre las ruinas dejadas por la futura contienda iba a avanzar el espectro sangriento del comunismo, entre los ayes de las víctimas inmoladas a su furia destructura.

Lo que el bolchevismo no podía perdonar a Pío XI es el haber puesto al descubierto su raíz perversa y los frutos venenosos del sistema. Esa es la razón de su inquina contra el Papa. Inflexibilidad para el error, caridad para todos los hombres, he ahí la política de éste, es decir, la política de la Iglesia, cuyas puertas, tenazmente cerradas a la falsedad, están abiertas siempre para todas las naciones y todas las razas, sin exclusiones ni distingos.

5. — Resultados de la lucha antirreligiosa.

La experiencia soviética, corroborada por los ejemplos de España y Méjico, documenta con caracteres trágicos el estrepitoso derrumbe del primer intento integral de imponer a un pueblo la tan alabada *moral sin dogmas*, que aún sustentan por estas latitudes ciertos laicistas decrépitos, incapaces de escarmentar en cabeza ajena.

El comunismo se jacta de haber arrancado el fundamento religioso de la moral, substituyéndolo por la ética revolucionaria. Las acciones de los hombres son buenas o malas según que favorezcan o no a la *causa del proletariado,* que en realidad no es sino la causa del partido, menos aún, de la camarilla, y aún del individuo que gobierna autocráticamente. El Decálogo, y hasta la misma ley natural impresa en el fondo de toda conciencia no corrompida, han sido desechados como norma de moralidad. La máxima imperante es la de Lenin: "Es recto o verdad lo que sirve para afianzar el Soviet".

Al destruir la religión y la familia se han derribado las únicas barreras capaces de proteger a la mujer y al niño de los asaltos de la concupiscencia desenfrenada. Las pruebas cantan. Para liberar a la mujer del "yugo de los prejuicios burgueses" se proclamó la igualdad de los sexos, el amor-camaradería (1), las uniones libres, en una palabra el derecho de la mujer "a vivir

---

(1) Alejandra Kollontay, revolucionaria de la primera hora y luego diplomática del Soviet, ha dedicado un libro: *La Mujer nueva y la moral sexual,* a pregonar las excelencias de la completa libertad sexual en las relaciones entre el hombre y la mujer. Uno de los rasgos que orientan mejor para juzgar de la perversidad del comunismo es su actitud frente a la pureza. En todas partes donde los comunistas han logrado imponerse, se han caracterizado por sus desbordes sexuales de la más criminal y repugnante grosería. Este aspecto merecería ser tratado por un especialista en psicopatología.

su vida". ¿Qué ha obtenido ella de todo esto? Todo, menos lo que se le prometió. Deshonra, ultrajes, abandono, degradación, he ahí el precio del aplastamiento de la familia constituída sobre las bases del matrimonio monogámico. El respeto por la mujer es uno de los timbres de gloria del cristianismo, y allí donde éste se debilita, aquélla queda librada al trato humillante y al apetito del hombre sin freno moral. Se sabe lo que es un individuo pasional y armado de poder. Piénsese entonces cuál será la condición de la mujer rusa, en un país donde sólo puede subsistir el que se amolda a la voluntad, al capricho de dirigentes despóticos. Panait Istrati, un comunista que tuvo la valentía de revelar al mundo la verdad del comunismo en su libro *Rusia al desnudo*, trae páginas dramáticas sobre la degradación impuesta a la mujer por el régimen soviético. Mayor fuerza cobran, si cabe, sus confesiones cuando recoge los testimonios de la misma boca de los comunistas. Sirva de índice este comentario tomado por el autor de un diario de Járkof: "De una manera general, —expresa— en el taller, lo mismo que en la oficina, en la Universidad y en el establecimiento, las mujeres se ven obligadas a quejarse de no poder obtener o conservar su trabajo, ni hacer respetar el menor de sus derechos, sin pagar un impuesto en especie, en forma de complacencias repugnantes, al hombre que tiene el poder de decisión. En este orden, se oprime a la mayoría de las mujeres como en ningún

otro país del mundo; una tiranía insoportable. Cuanto sucede a este respecto es una triste vergüenza para el Partido Comunista, que detenta el poder, cuyos miembros son, por otra parte, los principales beneficiarios de los abusos. No pocos de los suicidios de mujeres encuentran aquí su causa".

La promiscuidad de los sexos, en las escuelas y en el trabajo, unida a la extirpación sistemática de las creencias en la adolescencia y juventud, ha determinado una explosión de excesos sexuales. La prostitución ha hecho estragos hasta en las criaturas. Sabido es que después de haber otorgado la mayor amplitud para la práctica del aborto, las autoridades tuvieron que dictar medidas restrictivas ante las espantosas proporciones alcanzadas por las consecuencias fatales de esos actos. Algo semejante ocurrió con las causales de divorcio, consideradas ahora con criterio más severo. Creció tanto la ola de fango y corrupción, que sus propios autores, para no hundirse todos irremisiblemente, han debido dar máquina atrás.

En lo que respecta a la infancia, los frutos de la irreligión y del abandono de la tradición familiar no pueden ser más amargos. Los niños abandonados llegaron a contarse por millones. Estos "besprizorniki" vagaban por el país organizados en bandas que se entregaban a toda suerte de fechorías, llegando a constituir una verdadera pesadilla para las autoridades, las cuales, en ocasiones, debieron perseguirlos a ti-

ros. Como es fácil suponer, los peores vicios se manifestaban entre ellos con relieves increíbles. Otro de los productos de la educación soviética es el "juliganismo". Los periódicos rusos de los años anteriores a la guerra estaban llenos de quejas contra el comportamiento de los "juliganes", como se designa a los muchachos perversos que molestan y maltratan a los compañeros con travesuras de mala ley. Las *casas infantiles*, donde se educa a los niños huérfanos, o abandonados por sus padres o sin padres conocidos, resultan, por lo general, un verdadero desastre. Calcúlese lo que serán cuando un órgano comunista, el "Komsommolskaya Pravda", periódico de las juventudes del Partido, expresaba textualmente que "la falta de higiene, la mala alimentación, el trato grosero y a veces inhumano que se da a los niños, la ausencia total de un trabajo pedagógico: he ahí lo que se encuentra en muchas casas infantiles" (1). Proseguía la misma hoja: "De la casa infantil de Turoclovsky escriben los niños que el director de la enseñanza sistemáticamente se emborracha y apalea a los niños. La disciplina es detestable: los "juliganes", imitando a su director, apalean a los *pioneers* y komsomolistas, sin que los pedagogos se fijen en ello. El director de la casa infantil de Novsilka esconde en su casa a los borrachos y a los perdidos". Nada de esto llama la atención. Vacías las almas de toda creencia

(1) Número del 10-11-939.

en un Dios providente y remunerador, sólo queda el rigor del castigo para imponerles una disciplina externa y material. Donde el rigor es insuficiente o no alcanza, faltando toda inhibición moral, imperarán sin freno alguno las pasiones y los vicios más nefandos, arrojando al ser humano en una sentina de degradación infraanimal.

Y si es un fracaso la tentativa de sustituir la moral de base religiosa por la moral revolucionaria, también es un fracaso el intento comunista de convertir al pueblo entero a la irreligión. Vastos sectores, es verdad, se han volcado al ateísmo. El trabajo fructificó especialmente entre la juventud, pero, con todo, puede afirmarse, no sólo que la fe no ha muerto, sino que es evidente cierta desilusión en los directores de la campaña ateísta[1]. En el campo, pese al empleo del colectivismo agrario como arma de lucha antirreligiosa, sobrevive un fuerte espíritu cristiano. Y, en general, no faltan síntomas reveladores de que el alma rusa, a despecho de la opresión oficial que la sofoca, solicita

---

[1] En el XVIII Congreso Comunista, en 1939, Yaroslavsky, jefe de los ateos militantes, ponía en guardia a sus secuaces contra un optimismo excesivo. "Para terminar con los prejuicios religiosos —decía— se requerirán muchos años". Informaba luego que las organizaciones religiosas seguían influyendo sobre buena parte del pueblo, pudiéndose calcular que en la ciudad de Moscú solamente el número de creyentes era en números redondos de 400.000.

con hambre y sed de Verdad ser admitida de nuevo en el banquete del Gran Rey(1). Sólo es de desear que, encontrando cegados los cauces naturales para dar curso a sus apetencias espirituales, no vuelque su religiosidad en las ciénagas de la superstición y la herejía...

6. — La situación en los últimos tiempos.

No faltará quien arguya que la situación religiosa imperante en la U.R.S.S. tal como la hemos descrito en estas páginas traduce una etapa de la vida soviética, sin duda alguna, pero no corresponde a la realidad presente. No pocos creen, sobre todo desde que Rusia se ha alistado en el campo de las "Naciones Unidas", que el bolchevismo ha depuesto su agresividad y que paulatinamente va entrando en la senda de la tolerancia frente a las manifestaciones religiosas. Si no se ha modificado el estatuto jurídico, manteniéndose en pie todas las restricciones legales a la profesión de una creencia cualquiera, se habría operado —en el sentir de muchos— una significativa mudanza en el espíritu

---

(1) A fines de 1939, las hojas ateas, el *Bezboznik* y *Antirreligioznik*, denunciaban como una vergüenza que empezaran a realizarse sin clandestinidad bautismos y matrimonios y que quisiera darse carácter religioso a los funerales. Consignaban también el hecho de que, no pudiendo hacer consagrar las tumbas, muchos cristianos hacen bendecir puñados de tierra que después esparcen sobre las sepulturas.

de las autoridades, las cuales tolerarían una situación de *ilegalidad consentida*, propicia a una expansión de la vida religiosa. Sería, si se quiere, nada más que una forma precaria y negativa, por omisión deliberada, de permitir las actividades confesionales, pero, con todo, no dejaría de significar una plausible mejora en las condiciones impuestas a los creyentes.

Desgraciadamente esos juicios no pasan de una visión excesivamente optimista del problema, observado a través del lente rosa de la simpatía. Abundan los que toman por realidades sus deseos y confunden la estrella roja con la estrella de Belén, creyendo que al aliarse con las democracias liberales se ha redimido el comunismo de su ingénita malicia.

¡Candorosa ilusión!, que pagaremos cara. Ni el Soviet ha mudado sus intenciones ni el comunismo ha cambiado de naturaleza. Son hoy lo que fueron ayer, el fermento subversivo más enérgico para solevantar a las masas populares del mundo entero y lanzarlas por el camino ensangrentado de la revolución total. Se juzga halagador aquello que precisamente es el síntoma más grave. Pactando interesadamente con la democracia y el capitalismo el Soviet ha logrado franquear muchas puertas que hasta ahora se le habían cerrado. Desde que Stalin ha prometido no intervenir en los asuntos de los demás estados, el buen burgués, pensando ante todo en su bolsa, mira sin aprensión al emblema encarnado. Al católico anémico, de fe sen-

siblera y humanitarista, típico producto del liberalismo, para quien la Iglesia no es más que una organización burocrática, tampoco le inquieta la creciente sovietización de las masas. Las voces de alarma son para él "propaganda totalitaria" y como tal las desestima, prefiriendo descansar en las tranquilizadoras promesas de los jefes del Kremlin, cuya sinceridad no pone en duda. De tiempo en tiempo, encumbrados personajes del mundo de la política, de las finanzas, de las letras, puestos en las antípodas del comunismo por su categoría social, le declaman en el tinglado de la farsa campanudos discursos donde se cantan alabanzas al esfuerzo de las huestes marxistas, cuyo denuedo salvará a la libertad, a la democracia y al mismo cristianismo... Ni falta siquiera, para que el efecto sea más completo, la palabra y el gesto de algún prelado protestante, como el arzobispo de Canterbury, que reza por el triunfo bolchevique y proclama al comunismo "única forma verdadera del cristianismo".

Con tales complicidades, el comunismo hace constantes progresos en las conciencias, se introduce en el taller, en la escuela, en el cuartel, hasta en el templo. Denunciar los peligros de su infiltración es incurrir en delito de lesa libertad, de lesa patria. Los agentes stalinianos, defensores de los sagrados intereses del pueblo, están a cubierto de toda sospecha y de toda crítica. ¡Guay del que se atreva con ellos!

Y mientras tanto, mientras el torrente propa-

gandístico enfila su caudal contra los reductos que siguen sin rendirse en los países cristianos, ¿qué pasa en la U.R.S.S.? Rusia ha sido siempre el Estado del hermetismo y del secreto, pero ahora lo es por partida doble. Hasta sus propios aliados se lamentan del sigilo que observa, al punto que ni les trasmite informaciones cuya divulgación reclama, no ya la cortesía entre socios, sino el propio interés común. La realidad de su situación interna está rigurosamente vedada a los ojos extraños. Recuérdese que es el único país beligerante que ha rehusado al Sumo Pontífice que sus delegados visiten los campos de prisioneros. Difícil es, por tanto, determinar cuáles sean las verdaderas condiciones en que se viene desenvolviendo allí la vida religiosa. Sin embargo, por lo que se filtra al exterior y por lo que se infiere de ciertos hechos, es posible afirmar que sigue invariable la actitud del Soviet hacia la religión. A lo más, se habrá mitigado superficialmente la acritud de la persecución para impresionar a la opinión mundial, pero de ahí a sostener que existen condiciones medianamente normales para la actividad confesional, hay un abismo. Veamos algunos hechos en apoyo de lo dicho.

Indicamos ya que la libertad de ejercitar el culto concedida por la Constitución soviética resultaba en los hechos atropellada sin miramientos por la libertad de propaganda antirreligiosa, reconocida por la misma ley fundamental y sostenida con todos los recursos y toda la fuerza

puesta a su servicio por el ateísmo oficial. Fué así que, no obstante la libertad proclamada en 1936, en los años siguientes recrudeció la persecución. En 1938 y 1939 es visible a través de las declaraciones de la prensa bolchevique cierto descorazonamiento por los resultados de la lucha emprendida contra la religión. Empero, no cejan en las medidas violentas. Muchos sacerdotes fueron internados durante ese tiempo en campos de concentración y siguieron las severas restricciones a los fieles. A fines del 40, según informes de un viajero ruso proporcionados al periódico "Rodina", de Sofía (Bulgaria), de los cuales se hizo eco la prensa neoyorquina, proseguía la destrucción de iglesias "en todas partes, excepto en las ciudades con consulados extranjeros, donde son dejadas por pura apariencia —decía—, para dar la impresión de tolerancia religiosa y señalar cualquier declaración contraria como una mentira". Producida la ocupación de la Polonia Oriental y de los Estados Bálticos por el Ejército rojo, en 1939-40, el bolchevismo reeditó allí todas las violencias practicadas anteriormente en Rusia. El huracán marxista pasó sobre esos países dejando su acostumbrado rastro de muerte y destrucción. La Radio Vaticana, en una transmisión efectuada en octubre de 1940, describía la situación imperante repitiendo los conceptos del diario suizo "Basler Nachrichten": "Nadie ignora —expresaba la citada publicación— cuáles son los procedimientos que aplican los rusos des-

pués de sus conquistas. Las personalidades más destacadas de las esferas políticas o culturales en los territorios actualmente ocupados padecen los más duros tratos. Todos los funcionarios son apresados, asesinados o deportados [1] al interior de Rusia o a las minas de los Urales. El número de personas condenadas a realizar trabajos forzados ha aumentado enormemente; cerradas las iglesias y perseguidos los ministros de todos los credos, se cita el caso de Besarabia, donde el arzobispo de Bender fué asesinado y varios sacerdotes padecieron torturas".

"En cuanto a la lucha antirreligiosa en los territorios de Polonia ocupada por Rusia, —manifestaba más adelante el mismo periódico—, se lleva a cabo mediante todo sistema posible de propaganda. En el presente no se registran crueldades, salvo la amenaza constante de deportación, que, como la espada de Damocles, se cierne sobre aquellos territorios". La amenaza se materializó para más de dos millones de ciudadanos polacos y decenas de miles de lituanos trasladados por fuerza a territorio soviético y "naturalizados" luego para remachar definitivamente su suerte. "L'Osservatore Romano",

---

(1) La cuestión de los deportados es, juntamente con las ambiciones territoriales rusas y los 10.000 oficiales polacos muertos, la causa de las divergencias entre ambos gobiernos. A estas horas, el gobierno polaco exilado en Londres, sigue ignorando el destino de las tres cuartas partes de sus connacionales deportados a la U. R. S. S.

1º-XII-940, informaba sobre las penosísimas condiciones en que vivían los deportados, en las regiones más inaccesibles de la Unión Soviética, en los Urales y en las estepas de Kayakstán, linderas con la China, sometidos a trabajos forzados, mal alimentados y peor vestidos, en regiones donde la temperatura invernal llega a los 50 grados bajo cero. Los hechos cometidos en Polonia y Lituania bajo la dominación roja responden a los más auténticos antecedentes marxistas. A la par de las fuerzas militares, avanzaron las brigadas de los sin-Dios encargados de montar la máquina antirreligiosa. Al cumplirse un año de la ocupación de Polonia, anunciaba la Radio Vaticana, 5-II-41, que a estar al órgano soviético de Luov, en esa sola región habían sido clausurados 300 templos cristianos y 62 sinagogas, destinándose los locales para usos profanos, y cerrado crecidísimo número de escuelas confesionales. En Vilna y Kaunas (Lituania) fueron inauguradas universidades dominicales de marxismo-leninismo para arrancar de raíz "las supersticiones nacionalistas y religiosas", según declaró el delegado del Komintern, Kuroyédof (1).

En las escuelas primarias y secundarias fué implantado con carácter de filosofía oficial el "diamat", o materialismo dialéctico (2). Pero es-

---

(1) K. Verax, *La religión de los bolcheviques.* En "Criterio", 17-IX-1942.

(2) K. Verax, *ibid.*

to no es más que una faz, la menos cruel, del programa sistemático ejecutado por los bolcheviques durante el tiempo que impusieron su dominio a los pueblos conquistados. El autor, a quien he citado en las notas precedentes, ha publicado bajo su seudónimo de K. Verax, en la revista "Criterio", impresionantes relatos, debidamente documentados en fuentes de primera mano, acerca de los métodos brutales puestos en práctica por el Soviet para *aplastar* —tómese la palabra en toda la intensidad del sentido propio— a la nación lituana, a su cultura católica, a los elementos más representativos y más dignos del país, y aun a decenas de miles de campesinos, arrancados de sus hogares y trasladados sin misericordia a los últimos confines de la rusia asiática, en Siberia, en el Kayákstan y Altai. De igual modo se obró con los estonios y polacos. Los viajes de esos desdichados a través de la Rusia europea sobrepasan en horror a las más espeluznantes narraciones de la literatura rusa. Hacinados como bestias, sin alimentación suficiente, se les obligaba muchas veces a descender del tren en el medio del campo, donde eran cazados a tiros de ametralladora y de fusil por los "chequistas". Otros morían por inanición o enfermedad. Hasta el 35 % quedaba en el camino. Su suerte no era la peor. Los que llegaban a destino recibían como hospedaje inmundas "zemliankas", cuevas cavadas en la tierra, donde se alojaban de 15 a 20 personas, o chozas de arcilla y barro. El régimen

de trabajo era durísimo. Jornadas agotadoras, labores pesadas. Pésima alimentación, pescado seco y verduras de mala calidad. En los desiertos, bajo un sol abrasador, durante el verano, se añadía para muchos la tortura de la sed. En invierno, el frío es terrible. Referencias directas de las condiciones de vida —casi sería mejor decir de muerte— imperantes en aquellos lugares dantescos han proporcionado algunos desterrados polacos liberados a raíz del convenio polaco-soviético de 1941. "Llegamos al convencimiento —expresa uno de ellos— de que ver con nuestros propios ojos el interior de la Rusia soviética, es el mejor remedio para la cura del comunismo". Los Soviets han puesto toda clase de trabas para que llegaran a los confinados los socorros enviados por sus connacionales de América. Iguales impedimentos opusieron a la acción humanitaria de la Cruz Roja Internacional y Cruz Roja de los EE. UU. de Norte América[1].

---

(1) "Así es en el país de *la más democrática constitución del mundo*", expresa el autor citado, y añade: "¿O tal vez fuera posible que Sir Stafford Cripps y otros amigos de tal "democracia"" consiguieran con su influencia convencer "al padre de las naciones y benefactor de la Humanidad"", residente en el Kremlim, que no sería pecar contra los principios democráticos si los niños, mujeres y ancianos, condenados sin previo juicio a morir en las desiertas regiones asiáticas. pudieran ser tan siquiera visitados por los delegados de la Cruz Roja Internacional?... Creemos que tal vez la *democracia soviética* no se derrumbaría si los parientes enviaran a

Tocante a la situación religiosa en especial, un corresponsal que no hace mucho volvió de Rusia, William Henry Chamberlain, está convencido de que frente a todas las religiones el Soviet mantiene su enemistad sin compromiso alguno. Ningún comunista puede adherir a religión alguna y la literatura religiosa permitida es nula o muy escasa [2].

Puede afirmarse, pues, que hoy como ayer los procedimientos crueles, despiadados, inhumanos, siguen gozando de la preferencia del bolchevismo comunista. Unicamente con fines interesados se sostendrá la tesis de que el comu-

---

sus hambrientos hermanos alimentos, ropas, medicamentos... porque la ayuda internacional es, en este momento, muy actual: en todos los países cristianos se hacen, una tras otra, colectas a beneficio de la Rusia soviética... Y ahora mayormente es muy popular la propaganda sobre la democracia, cultura y humanitarismo de los Soviets". (K. VERAX, *El aniquilamiento de una nación cristiana por Stalin.* En "Criterio", 15-X-1942. Ver también los números de la misma publicación correspondientes a: 8-X-42; 24-IX-42; 17-IX-42; 28-I-43; 4-II-43; 10-IX-42; 18 y 25-III-43. todos con interesantísimos datos sobre el mismo asunto.)

(2) Id, *Las maniobras de la acción del Comintern.* En "Criterio", 28-I-43.

. Otro periodista yanqui, Henry C. Cassidy, conocedor directo de las perspectivas rusas por su estada en Moscú, también opina que el Soviet de post-guerra seguirá siendo Ateo —aunque se suavice la antirreligiosidad— y que el partido comunista aún piensa que la religión es opio para el pueblo *(Fechado en Moscú,* "La Nación", 22 - IX - 43, pág. 20).

nismo ha dejado de ser un peligro para la tranquilidad, el honor y la vida de los hombres que quieren seguir acomodando su existencia a una concepción del mundo basada en los principios del cristianismo. Todo espíritu libre, toda conciencia honrada rechazará la idea de que, por el hecho de necesitar algunos de su ayuda, la U.R.S.S. se ha transformado de la noche a la mañana, de tiranía sangrienta y avasalladora, en tierra feliz donde sólo impera la justicia, la tranquilidad y el bien. Es demasiado trágico el riesgo que se nos quiere hacer correr, para que nos compliquemos con esa impostura. Es necedad, es locura, es crimen, confiar el futuro de nuestros afectos más puros y sagrados, la religión, la honra de las mujeres, la inocencia de los niños, la venerable ancianidad, todo lo que hace grande, amable y bella a la vida, a las promesas de quienes no tienen otro lema que: "*Todo lo que sirve a la revolución* —es decir, al crimen, al robo, al caos— *es bueno y es lícito*".

CAPITULO VI

"LA MANO TENDIDA"

El comunismo es proteico. Con pasmosa desaprensión muda de semblante cuantas veces conviene a la consecución de sus fines. La máxima de Lenin "es recto o verdad lo que sirve para afianzar el Soviet", es la piedra fundamental

de la estrategia comunista. La acusación de inconsecuencia, de oportunismo, resbala sin dejar huella sobre la curtida epidermis marxista. Por contradicción más o menos, no se sentirá gravada la conciencia revolucionaria. Lo esencial, lo único que cuenta, es aplastar a los enemigos, y, sobre todo, al gran enemigo, la religión. Cuando puede descargarse directamente el golpe, se hace así. Es la persecución violenta, las medidas represivas, la opresión de los fieles, el padecer de éstos en la carne y en el alma, el despojo de los bienes materiales y las torturas infligidas a sus personas, todo el cuadro, en fin, que hemos presentado en los capítulos precedentes. Pero no siempre conviene actuar en semejante forma. Hay veces en que da mucho mejor resultado colocar sobre el rostro áspero y repulsivo de la antirreligión declarada, la máscara de la tolerancia, del espíritu conciliatorio y transigente. Se desarma al adversario adormeciendo su espíritu vigilante, paralizando la fibra combativa. Para lograr eso, el comunismo formulará declaraciones tranquilizadoras, por más desconcertantes que parezcan, dará toda clase de seguridades, llegará hasta el halago, si es preciso, y se revestirá con el color más atrayente para el gusto de la futura víctima. Del escarlata subido pasará al rosa pálido y aún al celeste y al blanco angelical. Se suceden los años, pero los lobos rapaces no pierden la costumbre de revestirse con la piel del cordero... Así, un buen día, vemos que los que hasta ayer dispara-

ban sus dardos más envenenados contra la religión y cubrían de invectivas a la Iglesia, amainan en sus ataques, moderan el lenguaje incendiario y se muestran dispuestos a reconocer, aunque no lo compartan, lo lícito de un *sentimiento respetable* como es el religioso. Pero, ¿resulta poco esta concesión para calmar desconfianzas? Pues, los veremos dar un paso más y proclamar las *coincidencias* que explican y justifican un entendimiento si no con el cristianismo, al menos con los cristianos, con los católicos. ¿Acaso Jesucristo no dijo que venía a predicar su Evangelio a los pobres? ¿No fueron ellos los preferidos de su corazón? ¿No fustigó el egoísmo sórdido de los ricos? Y el comunismo, ¿no reserva por ventura toda su solicitud para los pobres, para los proletarios, en tanto fulmina con su ira a los burgueses sin entrañas, a los detentadores de la riqueza? Si Jesucristo es para los cristiancs el Redentor, sepan ellos que también el comunismo es para el hombre una redención; aquella redención los librará de las cadenas del pecado, según piensan; ésta en cambio los librará de las cadenas de la explotación capitalista. En el reino de Cristo, en el reino de Dios, el rico Epulón expía con el fuego eterno su avaricia, mientras Lázaro, el mendigo, goza de las delicias del Paraíso. En el reino de justicia y amor anunciado por el comunismo, no habrá cabida para el egoísmo de los ricos, ni habrá ricos tampoco. Los pobres, los que Cristo llamó bienaventurados, esos serán

los únicos que gocen del nuevo paraíso terrenal, salido de sus manos y definitivamente instaurado cuando hayan barrido con la actual estructura social...

Hay, entonces, prosiguen los comunistas, un terreno común, un área de coincidencia, en que católicos (es curioso que la cuestión se plantea casi exclusivamente con los cristianos y, preferentemente, con los católicos) y comunistas pueden y, más todavía, deben colaborar. Dejando de lado las opiniones respectivas acerca del problema religioso, no habrá dificultad en marchar de acuerdo sobre materias de reformas sociales. "Estimamos nosotros —decía Thorez, líder comunista francés y fautor máximo de la política de "mano tendida" en su patria— que en lugar de discutir sobre la existencia del paraíso en el cielo, debemos unirnos para tener el paraíso en la tierra. El camarada Blum está de acuerdo con nosotros sobre el punto." En efecto, León Blum, a la sazón primer ministro, había declarado a la revista católica "Sept" que "si hay coincidencia entre ciertas iniciativas del Frente Popular y las reformas requeridas por la escuela social católica, no vemos ninguna razón para no darles lealmente nuestro apoyo."

Esencialmente, ése es el esquema de la posición comunista, tal como se la presenta a los católicos al requerírseles su colaboración en el campo social. Que cada cual profese las ideas que su conciencia le dicte en punto a religión.

Que el católico adore a su Dios y crea en Jesucristo. Que el comunista conserve su ateísmo, pero que uno y otro se unan para procurar al pueblo condiciones de vida más justas y más dignas que las que le acuerda el régimen capitalista, condenado igualmente por católicos y comunistas.

Esta actitud no puede sorprender a nadie que conozca el auténtico pensamiento marxista. Cuando los comunistas la adoptan es por razones de conveniencia táctica. Ya dijimos con qué flexibilidad adaptan a las exigencias de tiempo y de lugar su programa de acción, conservando empero inalterable el fondo doctrinario. Ya en 1909, Lenin preconizaba el empleo de la lucha de clases como cebo para atraer a los trabajadores cristianos a las filas de la social-democracia. Eso daría, a juicio suyo, cien veces mejor resultado para conducirlos al ateísmo que una prédica ateísta pura. En este pensamiento se muestra ya en germen la política de la "mano tendida". Parece que la experiencia recogida a través de largos años de actividad política y el ejercicio mismo del gobierno confirmaron al fundador del bolchevismo en su punto de vista. Transcurrido mucho tiempo, desde aquel artículo suyo sobre las relaciones del partido obrero con la religión, donde figuraba la recordada declaración, Lenin, ya jefe del Soviet, insistía en 1920 ante sus camaradas sobre la necesidad de proceder cuidadosamente en materia religiosa procurando no herir los

sentimientos de los creyentes para no "fortificar el fanatismo religioso".

Hay quien afirma que lo que recomienda Lenin es la *propaganda antirreligiosa,* mas no la *persecución contra la religión.* De tal suerte que los excesos que se cometan contra la Iglesia y contra los fieles, aunque sean obra de comunistas y se perpetren en nombre del comunismo, no derivan necesariamente de la doctrina comunista. "Son excesos pasionales por los cuales el comunismo se contradice." Así piensa el P. Ducatillon, por ejemplo. Haciendo la crítica de este modo de juzgar, muy bien replica un sacerdote argentino, Francisco Núñez, que la propaganda antirreligiosa desemboca fatalmente, por la fuerza interna de los principios, en la persecución. "Los excesos pasionales —manifiesta— explicarán esta excesiva ferocidad, o aquel innecesario ensañamiento; pero la persecución, en sí misma, es un fruto exigencial de la doctrina. Podrán los dirigentes, en razón de las circunstancias, moderarla o diferirla; pero llegará el momento en que estallará, con tanto mayor violencia, cuanto más se la haya estado conteniendo" (1).

Los hechos son corroborantes en el sentido de demostrar que la propaganda antirreligiosa va inseparablemente unida a la acción violenta contra la religión. "Donde el comunismo ha lo-

---

(1) *De Hegel a Stalin,* p. 150.

grado afirmarse y dominar —declara Pío XI, recordando con paternal afecto a los pueblos de Rusia y Méjico—, se ha empeñado con todos los medios en destruir, como lo proclama abiertamente, desde sus fundamentos la civilización y la religión cristianas, extinguiendo en los corazones de los hombres, especialmente en el de la juventud, todo recuerdo de ella. Obispos y sacerdotes han sido desterrados, condenados a trabajos forzados, fusilados y ultimados de los modos más inhumanos, y simples laicos, por haber defendido la religión, han sido tenidos por sospechosos, vejados, perseguidos y llevados a las cárceles y ante los tribunales" [1]. Reforzando sus ejemplos, cita el Papa de manera especial el caso de España. "¡No se ha destruído —exclama— una que otra iglesia, uno que otro claustro, sino que, cuando ha sido posible, se arrasaron todas las iglesias, todos los claustros y todo vestigio de religión cristiana aun cuando estuviesen vinculados con los más insignes monumentos del arte y de la ciencia!" [2].

Donde el comunismo logra afirmarse y dominar, allí se muestra tal cual es y no repara en llevar a las últimas consecuencias el contenido destructor de sus principios. Dispone para ello de las palancas del mando y tiene al adversario a su merced. Condiciones preexistentes pue-

---

(1) "Divini Redemptoris", 2.19.

(2) Ibid.

den ahorrarle la etapa preparatoria de trabajar en el seno del mismo campo religioso. Tal el caso de Rusia, nación de fe intensa pero poco ilustrada, donde la confusión de los poderes temporales y espirituales fué causa de que la caída de la monarquía dejase a la Iglesia ortodoxa desprovista de su más sólido sostén y la arrastrase en su derrumbe.

Pero allí donde la religión está representada por una organización robusta y una doctrina coherente, sin compromisos con determinadas formas políticas, como es la Iglesia católica, allí donde todavía existen grupos disciplinados de fieles, y donde una tradición multisecular testimonia de los beneficios reportados por el cristianismo a la civilización, el comunismo ha optado, aleccionado por la experiencia, por seguir una política de apaciguamiento capaz de tranquilizar las conciencias católicas. En vez de arriesgar la victoria con un ataque frontal, escoge el camino más largo pero más seguro de la infiltración sistemática y solapada. Ha sabido descubrir los motivos de desunión existentes entre los católicos y los ha explotado hábilmente. Las diferencias sociales, las divergencias políticas, son hendiduras que el comunismo aprovecha con destreza para introducir sus cuñas. Así hemos visto durante la guerra española, a los nacionalistas vascos hacer causa común con el marxismo y a no pocos católicos tomar partido por el gobierno izquierdista de la República. Donde faltan esas causas de separación en-

tre los católicos, el comunismo esgrime cualquier idea o saca partido de cualquier suceso, en apariencia de los más inofensivos, para introducirse en las filas católicas y procurar canalizarlas en el sentido de su propaganda.

Hay un párrafo en la encíclica de Pío XI sobre el comunismo, la "Divini Redemptoris", en la cual el Pontífice ha pintado con mano maestra la táctica insidiosa del comunismo. En pocas líneas ha condensado todo lo que puede expresarse al respecto. Dice el pasaje en cuestión:

"En un principio, el comunismo se mostró como era, en toda su perversidad, pero bien pronto percatóse de que de esa manera alejaba de sí a los pueblos, por lo cual ha cambiado de táctica y procura atraerse a las muchedumbres con diversos artilugios y escondiendo sus designios tras ideas que en sí son buenas y atrayentes. Así viendo el común deseo de paz, los caudillos del comunismo se fingen los más celosos fautotes y propagadores del movimiento por la paz universal, pero al mismo tiempo azuzan para una lucha de clases que hace correr ríos de sangre, y sintiendo que no tienen una garantía interna de paz, recurren a ilimitados armamentos. Bajo varios nombres que ni remotamente aluden al comunismo fundan asociaciones y periódicos que sirven únicamente para hacer penetrar sus ideas en medios de otro modo poco accesibles a ellos; más aún, procuran con perfidia infiltrarse en asociaciones católicas y religiosas. Aquí, sin ceder nada en sus perversos

principios, invitan a los católicos a colaborar con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas del todo conformes con el espíritu cristiano y con la doctrina de la Iglesia. Allá, llevan la hipocresía hasta hacer creer que el comunismo en países de más fe y de más cultura tomará un aspecto mitigado, no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de conciencia. Hay algunos también que, refiriéndose a ciertos cambios introducidos recientemente en la legislación soviética, deducen que el comunismo está por abandonar su programa de lucha contra Dios."

Así habló el Papa en 1937. Sus palabras, henchidas de verdad, denuncian con penetrante agudeza las formas múltiples asumidas por la propaganda marxista en su intento de conseguir la captación de los elementos católicos.

Los métodos comunistas de propaganda e infiltración corresponden exactamente al cuadro trazado por el Pontífice.

Con suma habilidad, los agentes del Sovietismo han sabido canalizar a su favor al elemento flotante de hechura liberal, atrayéndolo, según la hora, con el señuelo del pacifismo, de la democracia, de la libertad, o de la ayuda a los pueblos en lucha contra la agresión.

Estos movimientos, amasados a base de generalidades y fines ambiguos, preparan el espíritu público para lanzar luego la idea del "Frente Popular", "Unión Democrática", o como se la llame, instrumento elegido por el VIIº Con-

greso de la Internacional Comunista (20 - VIII - 1935) como etapa previa a la conquista del poder en los países democráticos.

En esa amalgama polícroma de partidos liberal-burgueses —incluso el socialismo— con marxistas netos, de industriales y terratenientes acaudalados con partidarios de los Soviets, de obreros y campesinos, el comunismo actúa a manera de fundente, de levadura subversiva; y por ser él el ingrediente más enérgico termina por comunicar al conjunto su propio espíritu revolucionario.

Estas conjunciones tan heterogéneas, donde uno no sabe de qué azorarse más, si de la estolidez de los unos o de la audacia de los otros, no hubiesen sido posible de no haber precedido la acción corrosiva del liberalismo sobre las inteligencias. El gran pecado del liberalismo es haber persuadido al mundo moderno, sin exceptuar a muchos católicos, de que es posible organizar y gobernar la sociedad humana prescindiendo de la religión. Las relaciones del hombre con Dios, se ha dicho, son cosa estrictamente individual, reservadas al fuero interno de la conciencia. No hace falta una autoridad religiosa externa, la Iglesia. Si existe la Iglesia, se la tolera, se le permite el *libre ejercicio del culto*, como se permite el de cualquier otra secta o religión, pero se pone especial empeño para que la Iglesia no tenga influencia alguna en la vida social. La política es independiente de la religión. El dominio de ésta son las cuatro pa-

redes del templo. Al Estado no le interesa que el hombre crea o no crea o deje de creer. Hay una separación neta, un divorcio efectivo, doctrinario y práctico, entre la creencia religiosa y la acción política. De ahí que muchos cristianos, en quienes han arraigado estos conceptos, no reputen incompatible su condición de tales con la afiliación a partidos o su apoyo a movimientos que están en íntima y substancial oposición con la fe que dicen profesar.

El comunismo ha sabido explotar esta situación para llevar a cabo su intento de conquistarse la adhesión o al menos la benévola simpatía de los católicos. Para ganarse a las masas, cuenta a su favor con la ignorancia religiosa y la penuria económica en que generalmente se debaten las capas más numerosas de la población. Para triunfar entre los grupos más cultos y mejor organizados, se requiere un procedimiento directo y bien ajustado. El comunismo no ha dejado de aplicarlo. Su técnica, como subraya Pío XI, reviste dos modalidades: por una parte, "procuran con perfidia infiltrarse en asociaciones católicas y religiosas"; por otra, "sin ceder en nada de sus perversos principios, invitan a los católicos a colaborar con ellos en el campo llamado humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas del todo conformes con el espíritu cristiano y con la doctrina de la Iglesia".

Es sumamente ilustrativo consignar a título de ejemplo, el trabajo de infiltración llevado a

cabo entre los medios cristianos de los EE. UU., particularmente en las llamadas iglesias libres. Allí también, captando los sentimientos predominantes en la nación, durante los años que precedieron a la actual conflagración mundial, los agentes del Soviet, para atraerse al elemento religioso, utilizaron el señuelo del pacifismo y de la lucha antifacista. La verdadera finalidad de la campaña era introducirse en el seno de las asociaciones religiosas para dominarlas desde adentro, según el modelo del "caballo de Troya", preconizado por Dimítroff. A tal punto llegó la penetración, sobre todo entre Baptistas y Congregacionistas, que en 1935, dos miembros destacados de esas confesiones, el congregacionista Mr. F. A. Frazier y el pastor baptista Mitchell, denunciaban desde el *New York American* a la *Acción Social Cristiana* y a la *Sociedad Educadora Congregacionista* por su estrecha vinculación con organizaciones socialistas y comunistas, como la *Liga pro Libertad Cívica, Sociedad Metodista pro Trabajo Social, Liga Nacional pro Abolición de la Guerra, Liga Internacional de Mujeres pro Paz y Libertad*, y otras más que citaban. "Es así —decían los nombrados—, cómo las iglesias libres gastan el dinero de los cristianos para financiar estas empresas ateas; por supuesto, sin conocimiento y contra la voluntad de sus miembros". Terminaban declarando que "la filosofía marxista, que triunfó en Moscú, es propagada por la *Comisión directiva de la Federa-*

ción Eclesiástica y ya se extiende como la peste a todas nuestras iglesias".

La política de "mano tendida", denunciada también por el Papa como un ardid para seducir a los católicos bajo las apariencias de una colaboración en el campo caritativo, llevando la simulación hasta el extremo de proponer cosas "del todo conforme con el espíritu cristiano y con la doctrina de la Iglesia", no es más que una maniobra hábil de la hipocresía que especula sobre la generosidad de algunos y la imbecilidad de muchos. En Francia fué donde se articuló formalmente esta actitud, planteándose la cuesión bajo la forma de la colaboración de los católicos con el gobierno *frente-populista* presidido por León Blum. La ofensiva colaboracionista estuvo bien concertada. Primero fueran Maurice Thorez y Vaillant-Couturier, comunistas, los que lanzaron el llamado a los católicos. Thorez es quien pronunció la famosa frase, que luego sirvió para calificar a toda esa táctica: "*¡Católico* —dijo— *te tendemos la mano!*" Y para que no quedaran dudas de la sinceridad que lo animaba, llegó incluso a hacer el elogio de la Edad Media y de la "función progresiva del cristianismo". Defendiendo con calor las *libertades democráticas*, ponía en primera línea a la *libertad de conciencia*, que "supone, exige, —decía— el libre ejercicio del culto, la libre elección de la enseñanza." "Los comunistas —afirmaba más adelante, en una clara alusión a la política anticatólica de la IIIª república— se declaran

enemigos de toda legislación de excepción que perjudique a una categoría de ciudadanos por razón de sus opiniones, de sus creencias, cuando éstas se profesan respetando la legalidad republicana".

Blum, socialista y "premier" del gabinete, fué más neto aún. A la pregunta del semanario católico *Sept*, si creía posible la colaboración entre los católicos y el gobierno del Frente Popular, no vaciló en contestar: "Creo posible la colaboración. Y desde el momento en que es posible, ¿los católicos franceses no convendrán en que es deseable?"

El convite era tentador y no pocos cayeron en la trampa. No sólo aceptaron la mano que por aquel mismo entonces se manchaba de sangre en España, sino que llevados por un puro sentimentalismo incontrolado, por un proletarismo primario, lanzaron verdaderas calumnias al rostro de la Iglesia, llegando a decir, como alguno dijo, que "los comunistas, por el impulso magnífico con que sus hombres se arrojan a la vida, de hecho siguen los pasos de aquél que exclamó: "Yo soy la Vida", y se encuentran más cerca de Jesús pobre que la Iglesia, en la medida en que ésta se compromete con los poderosos de este mundo." En boca de estos hombres seducidos por el gesto del adversario, los católicos no eran más que fariseos, sepulcros blanqueados, en tanto que los comunistas aparecían con la aureola del publicano humilde y sincero... Rechazar la mano que se les tendía, antojábaseles

una defección, una traición al pueblo. Con una ceguera que asombra, no vieron que ni en la doctrina ni en los hechos el comunismo mostraba cambio alguno que permitiese confiar en la sinceridad de su palabra. Al contrario, la guerra de España estaba exhibiendo los frutos sangrientos del marxismo, que lejos de renunciar a los métodos persecutorios los redoblaba con una saña inconcebible.

Entre nosotros, siempre dispuestos a las imitaciones, también encontró adeptos la política de complaciente benevolencia hacia el comunismo. Empujados por resabios liberales o por un afán mal entendido de defender al pueblo, hay quienes se adelantaron a tender la mano a los comunistas y preconizan la pasividad frente a los ataques del bolcheviquismo, cuando no la colaboración activa con él.

Es sencillamente absurdo negar a los cristianos el derecho de defenderse del comunismo.

El cristiano —se dice con razón— debe ver en todo hombre a un hermano. El odio es incompatible con la fe de Cristo. Hasta aquí hay lógica en el razonamiento. Pero, como si con esto se agotara el buen sentido, se afirma a continuación que no colaborar con el comunismo, y con mayor razón combatirlo, es una forma de odio, incompatible por tanto con el mandato evangélico de amar al prójimo. Los que así discurren reconocen el error comunista, pero a sus ojos queda purgado de malicia por la sinceridad con que lo profesan sus adeptos y lo

justo de las recriminaciones que lanzan contra los cristianos. Son éstos, con sus flaquezas, con sus imperfecciones, con sus injusticias, los que engendran los excesos pasionales del comunismo. Los comunistas, por tener hambre y sed de justicia, son del número de los bienaventurados. Oponerse a ellos es, pues, como oponerse al mismo Cristo, cuyo cuerpo dolorido representan. La guerra actual ha venido a suministrarles nuevos motivos para persistir en su actitud. Identificando la causa de las llamadas naciones democráticas con la causa del cristianismo, y ante el hecho de la alianza de la Unión Soviética con aquéllas, concluyen que la ayuda moral y material a esta última es también una manera de contribuir a la salvación de la civilización cristiana.

El precepto de amor al prójimo no nos condena a la pasividad frente a la maldad de ese prójimo a quien, no obstante saberlo nuestro enemigo, debemos amar sobrenaturalmente en Cristo. Si la caridad nos obliga hacia los comunistas, como hacia los demás hombres, no nos priva del derecho ni nos exime del deber de luchar para ahorrar a la Iglesia y a nuestro país el cortejo de sangre que el comunismo ha traído consigo en todas partes. Es falso que la maldad del comunismo sea originada por la indignidad de los cristianos. El comunismo es malo por sí mismo, *intrínsecamente perverso* en palabras de Pío XI, y aunque todos los cristianos cumpliesen con absoluta exactitud sus

deberes de caridad y justicia, aquél no perdería su índole anticristiana. Muy lejos de eso, el comunismo se ha ensañado siempre en mayor grado con los cristianos más íntegros, más perfectos, más entregados al bien de sus hermanos. Así lo hemos visto, en el caso de la persecución de España, "dando caza particularmente a las religiosas y religiosos que se dedicaban con mayor empeño al bien de los obreros y de los pobres" (1).

Fué también entre los jóvenes que con más ardor habían defendido las directivas sociales de la Iglesia, los Congregantes Marianos y miembros de Acción Católica, almas encendidas en el amor al pueblo trabajador, donde se reclutaron las víctimas más inocentes y más numerosas.

El hecho de la indignidad de crecido número de cristianos es innegable. Muchos son, por desgracia, los que con su codicia, su desamor, su dureza de corazón sirven de escándalo, de verdadero tropiezo para que multitud de hombres se acerquen a Cristo o al menos lo miren sin rencor. Estos son cristianos de nombre, simples bautizados, *oidores* —cuando más— *pero no hacedores de la palabra divina.* Pero frente a ellos existe también una multitud de almas, más numerosa quizás de lo que uno generalmente piensa, devoradas por una generosa sed de justicia para el pueblo, almas que

---

(1) Pío XI, *Divini Redemptoris*, 2, 20.

sienten en carne propia la miseria, el abandono material y espiritual, el drama intenso de las vidas humildes, de la pobre gente. Son el sacerdote, el congregante mariano, el vicentino, que se acercan día a día al lecho del tuberculoso internado en un hospital donde nunca llegan los comunistas a hacer una caridad; que penetran en el tugurio miserable llevando sustento para los cuerpos y, lo que vale más, una palabra de consuelo y un rayo de esperanza para esas otras almas atenaceadas por el dolor. No creen, sin embargo, que con eso esté hecho todo lo que deba hacerse. Saben que el régimen social presente, por haberse alejado de Cristo, es injusto, opresor, inhumano. Por eso ansían con toda sinceridad la instauración de una sociedad más justa donde ningún hombre tenga que pedir de limosna lo que en derecho le corresponde.

Es injusto, pues, cubrir a todos los cristianos con el reproche que merecen algunos. Y si resulta escándalo de la conducta de estos últimos, no es menor el que provocan aquellos que, desoyendo las terminantes admoniciones del Jefe supremo de la Iglesia, quieren salvar al pueblo dejándolo que se arroje en brazos del comunismo. No merece otra calificación el proceder de quienes se empeñan en persuadir a los espíritus simples y desprevenidos de que la agresividad antirreligiosa del comunismo soviético se ha amortiguado al extremo de poderse considerar actualmente sin temores una even-

tual expansión de su influencia [1]. Se han engañado y engañan a los demás. Son ciegos que guían a otros ciegos. Por una lamentable ofuscación del entendimiento no ven estas pa-

---

[1] Se insiste especialmente de un tiempo a esta parte, en divulgar informaciones susceptibles de producir en el ánimo de los lectores la impresión de haberse operado en el Soviet un cambio favorable a la religión. Así por ejemplo, ha tenido amplia difusión en periódicos católicos que sustentan una posición de benevolencia hacia Rusia, un artículo del diario suizo "La Liberté", de Friburgo, titulado "La verdad sobre la religión en la Rusia Soviética". Ese mismo es el título de un libro aparecido hace poco en Moscú y cuyo comentario sirve de materia al artículo en cuestión. Dicho libro lleva una introducción del Metropolitano Sergio, "cuyos conceptos —afirma la crónica que comentamos— constituyen el principal motivo de interés de este volumen. El patriarca Sergio es el mismo que durante muchos años estuviera encarcelado por oponerse con firmeza a la antigua política religiosa de los Soviets; no se le puede, pues, considerar un mero títere en manos del gobierno". La verdad, decimos nosotros, es muy otra. El tal Sergio, el mismo que acaba de ser designado Patriarca, es un incondicional del Soviet. Mons. D'Herbigny, que ha estudiado profundamente estas cuestiones, refiere que "uno de sus actos más importantes fué ordenar que se rezara públicamente en todas las misas por el gobierno soviético: denuncias implacables entregaban a la venganza de la G. P. U. a los subalternos que no obedecían a sus órdenes". Por otra parte, Sergio es quien *protestó* cuando Pío XI en su célebre carta al Cardenal Pompili 2-II-930, pidió que se rogara por la Iglesia perseguida en Rusia. Su *protesta* fué seguida por una declaración del Soviet, expresando categóricamente que tal persecución no existía sino en

labras de fuego, que deben estar siempre delante de los ojos católicos para orientar nuestras relaciones con el marxismo. Son las palabras que Pío XI, insospechable de alimentar otras intenciones que las que el bien de las almas reclama, estampó en su memorable carta después de haber arrancado la máscara con que cubre el comunismo sus maniobras pérfidas. "*Procurad* —exhorta el Pontífice a los Obispos—, *que los fieles no se dejen engañar.* EL COMUNISMO ES INTRÍNSECAMENTE PERVERSO *y no se puede admitir* EN NINGÚN CAMPO LA CO-

---

la mente de las capitalistas enemigos del Soviet. "Desgraciadamente —dice el jesuíta Fernández Pradel en su obra citada— esa protesta y esa declaración han tenido eco en muchos sacerdotes. Se impone esclarecer la verdad". Desgraciadamente, añadimos, los infundios sembrados por la astucia soviética siguen hallando eco en muchos católicos. No sólo reciben como oro de ley testimonios de parte más que interesada, culpable, sino que con candidez de palomas prestan oídos a las especies más inauditas. Ni siquiera la superchería difundida no ha mucho, de que el Papa ordenaba orar por el triunfo de las armas bolcheviques en la actual guerra, sonó a disparate para algunos. Por lo visto la mentira se había propagado también por Europa. La Radio Vaticana se vió precisada a desautorizar terminantemente la versión. "El Sumo Pontífice Pío XI —declaró la estación— había ordenado durante los últimos años oraciones en favor de Rusia católica cuando llegaron a revestir carácter extraordinariamente cruel las persecuciones religiosas en la Unión Soviética. Nunca Pío XI ni Pío XII han ordenado, directa ni indirectamente, que en las iglesias de país alguno se orara por el bolchevismo. *Estas oraciones en favor de la religión perseguida en la Unión So-*

LABORACIÓN CON ÉL *de parte de los que quieren salvar la civilización cristiana*" ("Divini Redemptoris", 4, 58).

Ya sabemos, pues, a qué atenernos frente a las solicitudes del comunismo. En realidad, lo sabíamos hacía mucho tiempo, por las anteriores condenaciones de la Iglesia.

"*Nefanda doctrina*" lo llamó en 1846 Pío IX en su encíclica "Qui pluribus". León XIII lo definió como "*peste asoladora*" (carta encíclica "Quod apostoloci muneris").

En 1924, Pío XI en una alocución ("Nostis qua praecipue", 18-XII-24) puntualizaba que el envío de socorros al pueblo ruso no significaba en modo alguno una aprobación del socialismo y el comunismo.

En documentos posteriores, las encíclicas "Miserentissimus Redemptor" (8-V-928), "Cha-

---

viética nada tienen que ver con la guerra ni con las relaciones del Vaticano con las potencias en guerra".

En su carta al Cardenal Pompili, Pío XI, pidiendo por el "alivio de su amado pueblo ruso", puso la suerte de esas almas sometidas a tan dura prueba bajo la intercesión de los santos venerados en Rusia y, además, de un modo especial, imploró para ellas la protección de Santa Teresa del Niño Jesús. Meses después, ante la subsistencia de la persecución, el Santo Padre dispuso, 30 de junio de 1930, que las preces que los sacerdotes deben recitar al final de la Misa sean aplicadas por la suerte del pueblo ruso. Estos son los hechos reales que la propaganda ha disfrazada en forma habilidosa para hacer aparecer a la Iglesia solidarizada con el comunismo.

ritate Christi" (3-V-932), "Acerba animi" (29-IX-932), "Dilectissima nobis" (3-VI-933), y asimismo en la "Quadragesimo anno", Pío XI condenó la doctrina y frutos del comunismo, rematando su condenación con el solemne documento del cual hemos transcripto varios párrafos en el curso de este trabajo, la encíclica "Divini Redemptoris", del 19 de marzo de 1937.

Tenemos sobrados elementos de juicio para componer nuestra actitud frente al comunismo. No nos dejemos atrapar en las redes de una astuta propaganda que arteramente se aprovecha del clima simpático creado en torno a los Soviets por la inconsciencia liberal. Detrás de las declaraciones halagadoras de adhesión a las *Cuatro libertades* de la Carta del Atlántico y a la Declaración de las Naciones Unidas, siguen en pie los propósitos agresivos y los métodos brutales del Soviet, como lo acaba de demostrar su incidente con el gobierno exilado polaco, y antes, las destrucciones y violencias perpetradas en los países Bálticos ([1]). Hombres por encima de toda sospecha, como el arzobispo católico de Baltimore (EE. UU.), Michael Cur-

---

([1]) Mucho antes del episodio de los 10.000 oficiales polacos sacrificados en Smolensk, Max Eastman, periodista norteamericano, que en un tiempo había sido ferviente comunista, se hacía eco en "The New Leader" de la denuncia de las altas autoridades polacas de que los bolcheviques durante la ocupación de su país habían encarcelado o internado entre millón y medio y

ley, se ha visto en la necesidad de poner en guardia a los fieles sobre las alabanzas que actualmente se tributan a los jefes soviéticos, en primer lugar a Stalin. Rusia Soviética no ha cambiado. Los bandoleros de ayer no se han transformado en "gentlemen". Los procedimientos y las normas radicalmente opuestos a la valoración, no ya cristiana, mas simplemente racional del mundo, continúan gozando de la predilección del bolchevismo. Los jefes del Kremlim siguen tejiendo la malla sutil e invisible en la cual piensa aprisionar muy pronto a la sociedad que todavía se llama cristiana.

Antes de que se cumplan esos propósitos, mejor, para que no se cumplan, demos una voz de alarma denunciando los ardides con que se nos quiere hacer coautores de nuestra propia ruina.

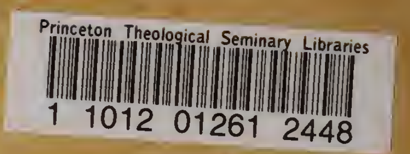
---

dos millones de personas. (Cit. por K. VERAX, en "*Criterio*", 28-I-943.)

Por su parte, la "Agencia Católico Polaca de Prensa", informaba, hace algún tiempo, sobre la deportación de 150 sacerdotes y 72 capellanes, confinados por los bolcheviques en los terribles presidios de Solovsky y en las regiones árticas, a raíz de la ocupación de la Polonia Oriental.



INDICE



$ 1.- moneda argentina